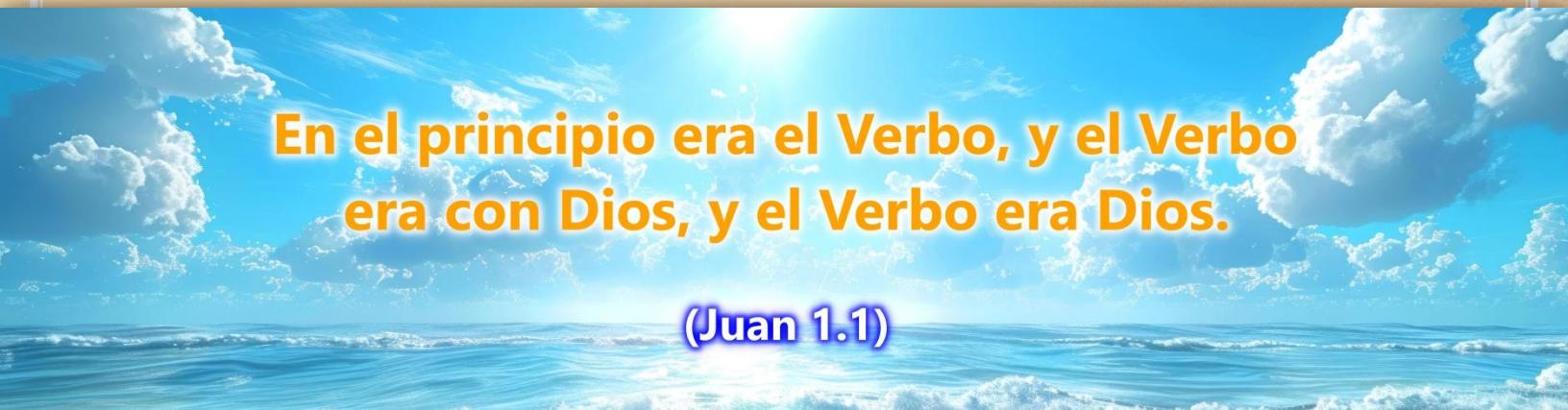


La Deidad de *Cristo*



**En el principio era el Verbo, y el Verbo
era con Dios, y el Verbo era Dios.**

(Juan 1.1)

*Y aquel Verbo fue hecho carne, y
habitó entre nosotros (y vimos su gloria,
gloria como del unigénito del Padre), lleno
de gracia y de verdad. (Juan 1.14)*

Jesús Briseño Sánchez

La Deidad de

Cristo

Jesús Briseño Sánchez

ÍNDICE

Introducción	3
La Voz de la Profecía	4
Declaraciones del Nuevo Testamento	11
La Adoración de Cristo	19
Las Cualidades de la Deidad	24
Las Palabras del Hijo de Dios	33
Jesús es el Señor	41
Fuente de la Vida Eterna	44
Respuesta a los “Solo Jesús”	49
Aplicación y Conclusión	54
Breve Explicación de Algunos Pasajes	56

Visite en internet: Publicaciones Jesús Briseño

4^a Edición: Tonalá, Jalisco, México - Agosto de 2024
(Ediciones anteriores: 2009, 2014, 2020).

INTRODUCCIÓN

Así dice la Palabra de Dios: “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*” (Juan 1.1, 14).

La base fundamental de la fe en Cristo, la piedra angular del edificio de la salvación, es la creencia de que Jesucristo es el Hijo de Dios, el Verbo Encarnado; Omnipresente, Omnisciente, Omnipotente y Eterno. Plenamente Dios y Uno con el Padre y el Espíritu Santo.

En este tratado (breve, considerando el tema que trata), vamos a estudiar detenidamente las más esenciales evidencias bíblicas acerca de esta gran verdad. Partiremos desde las profecías del Antiguo Testamento, las declaraciones de los testigos presenciales y escritores del Nuevo Testamento, las palabras del mismo Hijo de Dios, entre otros hechos testimoniales que prueban rotundamente la deidad de Jesucristo.

En varias partes del desarrollo de nuestro estudio, será necesario referirnos a la Sociedad Watchtower (Los Testigos de Jehová) y a su Biblia falsa (La Traducción del Nuevo Mundo), esto con el fin de demostrar la malicia de esta organización, así como los resultados absurdos de su pésima gramática y traducción.

La versión española de la Traducción del Nuevo Mundo, no es una traducción estricta y mucho menos fiel de los idiomas originales. El señor Benjamín Wilson en 1864, realizó un interlineal del griego al inglés, que llamó Emphatic Diaglott. Después de su muerte, Charles Taze Russell adquirió los derechos de autor de mano de sus herederos, y en esa obra basaron la versión española de la Traducción del Nuevo Mundo. El Emphatic Diaglott ya tergiversa mucho de la Palabra de Dios, pero, lo verdaderamente sorprendente, es que la versión española de la Traducción del Nuevo Mundo ni siquiera se apega a esa obra, sino que pervierte aun más el texto bíblico, como lo iremos demostrando.

Estoy completamente seguro, de que cuando conozca, analice y pondere las evidencias escriturarias contenidas en este documento, su fe en la deidad de Jesucristo será sumamente fortalecida, así como su capacidad para compartir esta verdad. Empecemos.

LA VOZ DE LA PROFECÍA

Contrario a lo que pudiera pensarse, la naturaleza divina de Nuestro Señor Jesucristo no es una doctrina originada en la iglesia o producto exclusivamente del Nuevo Testamento. Que el Mesías esperado por el pueblo de Israel era Dios mismo está patente en las proclamaciones de los profetas del Antiguo Testamento.

Por ejemplo, el profeta Isaías, aproximadamente setecientos años antes del nacimiento de Cristo, anunció así su encarnación: *“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto”* (Isaías 9.6-7).

Aunque este pasaje tiene su lugar en los acontecimientos que sucederían en Israel, por supuesto que la mayoría de estas predicciones solo pueden ser reservadas tanto para el Mesías como para su reino eterno. El niño que sería dado a los judíos mediante un nacimiento especial, sería conocido como *“Dios Fuerte, Padre Eterno”*, la paz de este príncipe divino no tendría fin, reinaría sobre el trono del rey David, y esto sería para siempre, y con el poder de Jehová.

A nadie sino a Cristo y a su iglesia se les pueden otorgar semejantes referencias. (Incluso la versión de los Testigos de Jehová, la Traducción del Nuevo Mundo, dice bien: *Dios Poderoso*). El ángel Gabriel, al hacer el anuncio a María acerca de esto, cita parte de este pasaje: *“Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin”* (Lucas 1.32-33).

En el texto del Antiguo Testamento se encuentra la profecía de que el Mesías sería el Señor: *“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”* (Salmos 110.1). Dos pasajes del Nuevo Testamento aplican esta cita a Cristo Jesús (Hechos 2.34-36 y Hebreos 1.13).

Veamos como utiliza Jesús este texto en esta interesante conversación con sus oponentes: *“Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a*

mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más” (Mateo 22.41-46).

Si el **cristos** (gr. *ungido, mesías*) es hijo (descendiente) de David, ¿Por qué este le llama Señor? Algunos dicen que David le llama ‘*mi Señor*’, como su pertenencia o bien personal, pero esta teoría presenta tres problemas:

- En primer lugar, el Cristo sigue siendo Señor de David.
- En segundo lugar, si esa fuera la respuesta correcta, Jesús la sabría, ¿qué razón o sentido tendría entonces hacer esa pregunta?
- E igualmente, ¿por qué estos fariseos no le dieron esa respuesta?

La verdad es lo que un ángel se encarga de decir: “*que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor*” (Lucas 2.11). Jesús está llamando la atención de estos fariseos, recordándoles que David, inspirado por el Espíritu, le llama Señor al Cristo, siendo su hijo. Jesús intenta que ellos entiendan que la única respuesta válida, es que las Escrituras enseñan que Cristo es el Señor, igual a Jehová.

Existen dos fuentes judías que reconocen esta gran verdad, de que el mesías prometido se llamaría Jehová. El *Midrash Tehillim*, un comentario de los Salmos (200-500 d. de J.C.) dice: “*Dios llama al Rey Mesías por su propio nombre. ¿Pero cuál es ese nombre? Respuesta: Jehovah es un guerrero, como dice Éxodo 15.3*”.

El Comentario *Eca Rabbathi* (200-500 d. de J.C.) afirma: “*¿Cuál es el nombre del Mesías? Como ha dicho R. Abba ben Cahana (200-300 d. de J.C.): Jehovah es su nombre, y esto se comprueba por lo que dice Jeremías 23.6*”.

¿Y qué dice este último texto citado en su contexto?: “*He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehovah, justicia nuestra*” (Jeremías 23.5-6).

Este pasaje, seis siglos antes, habla del retoño de David, o sea Cristo Jesús, de su reino y de su ministerio justificador, de la salvación que traería y, sobre todo, del nombre de ese Redentor: “*Jehová, justicia nuestra*”. La palabra Jesús significa “*Dios salva*”. Así es, Jesucristo es el Señor, es Dios Todopoderoso, es Jehová, así estaba claramente profetizado.

La misma pre-existencia del Cristo fue predicha: “*Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad*” (Miqueas 5.2). Aquí la palabra ‘eternidad’ es traducida de la hebrea ‘**olam**’, la misma usada en el texto hebreo con relación a Dios en Isaías 40.28 y el Salmo 90.2.

Esta profecía se cumplió en Cristo, según el apóstol Pablo: “*Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten*” (Colosenses 1.17). Nótese el carácter presente de la afirmación: “*él es*” (no ‘era’ o ‘fue’); la naturaleza divina no está sujeta al tiempo o espacio (cb. Juan 8.58). Y según las palabras de Jesucristo mismo: “*Ahora pues, Padre, glorificame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*” (Juan 17.5) (ver también Juan 1.1-2).

Estos textos demuestran la naturaleza divinidad del Redentor esperado por los judíos. Por eso el rey Agripa era persuadido a hacerse cristiano por el apóstol Pablo, quien le citaba estas Escrituras que eran bien conocidas: “*¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees. Entonces Agripa dijo a Pablo: Por poco me persuades a ser cristiano*” (Hechos 26.27-28).

SU IDENTIFICACIÓN CON JEHOVÁ

Como parte del testimonio del Antiguo Testamento, diversos pasajes que se refieren explícitamente a Jehová, son conferidos a Jesús de Nazaret, identificándolo con la Divinidad.

Por ejemplo, Zacarías 12.10 dice: “*Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito*”. En este texto mesiánico, Jehová Dios está hablando de los moradores de Jerusalén, quienes lo mirarían a él, a quien traspasaron, habla del llanto por hijo unigénito, de la aflicción por el primogénito.

Este texto es aplicado a Cristo en la cruz por el discípulo amado, quien en Juan 19.36-37 dice: “*Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo. Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron*”.

En la crucifixión de Jesús, el apóstol inspirado Juan vería el cumplimiento de la profecía mesiánica de Zacarías.

Juan está diciendo, que Jesús en la cruz es el mismo Jehová que sería traspasado (el mismo escritor lo confirma en Apocalipsis 1.7). La palabra hebrea para traspasar (**dacár**), siempre es usada (las diez veces que aparece) en términos literales y no metafóricos. No es que Jehová fuera a ser traspasado solo en sus mandamientos, sino que, además de esto, sería traspasado literalmente. En Juan 3.16 también, Jesús es llamado el ‘unigénito Hijo’ de Dios; en cuanto al término ‘primogénito’, así lo llama cinco veces el Nuevo Testamento. ¿No lloraron los moradores de Jerusalén la muerte de Cristo? (Lucas 23.28 y Hechos 2.37). Solo en la persona de Cristo se podían cumplir semejantes y sorprendentes predicciones.

Asimismo, en Isaías 40.3-5 se lee: “*Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado*”.

Este importantísimo y conocido texto, que habla sobre preparar el camino a Jehová, a “*nuestro Dios*”, cuya gloria será manifestada y “*toda carne la verá*”, es atribuido, no por uno, sino por los cuatro evangelistas, al ministerio de Juan el bautista, quien preparó el camino al Señor, o sea, a Jesucristo.

En Mateo 3.3 se encuentra: “*Pues este es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, Enderezad sus sendas*” (ver textos paralelos en Marcos 1.3 y Lucas 3.4). El mismo Juan el bautista así se reconoce y se presenta (Juan 1.23, ver también Juan 3.28).

En concordancia, también Zacarías, padre de Juan el bautista, lleno del Espíritu Santo, dijo: “*Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; Porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos*” (Lucas 1.76). Esto lo dijo evocando lo escrito por otro profeta, en Malaquías 3.1: “*He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos*”. No solo Zacarías hace esta identificación, sino también Marcos (1.2) y Cristo mismo (Mateo 11.10 y Lucas 7.27).

Para más corroboración, el profeta Hageo confirma esta profecía, más de quinientos años antes de que sucediera: “*y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos*” (Hageo 2.7).

Haciendo un rápido resumen y compilación de la enseñanza de todos estos textos: Juan el bautista, (es decir, el bautizador), sería el encargado de preparar el camino al Dios que visitaría a su pueblo. El Señor vendría estando aun en pie su templo, Jesús vino al templo, por lo tanto, se cumplen maravillosamente las profecías tanto de la visita de Dios a su templo, así como respecto a la divinidad de Jesucristo.

Veamos ahora el testimonio del profeta Zacarías, cinco siglos antes de Cristo: “*Y les dije: Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata. Y me dijo Jehová: Échalo al tesoro; ¡hermoso precio con que me han apreciado! Y tomé las treinta piezas de plata, y las eché en la casa de Jehová al tesoro*” (Zacarías 11.12-13). Jehová mismo dice que su pueblo le pondría a él por precio 30 piezas de plata.

Esta profecía se cumple en el caso de Cristo, según Mateo 26.15: “*Y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata*”. Es interesante que 30 piezas de plata fuera el valor estimado de un esclavo (Éxodo 21.32). El pueblo judío estima que Jehová vale lo mismo que un esclavo; pero el punto principal es que ese Jehová es Jesús de Nazaret, según el profeta Zacarías y según el uso dado a la profecía por el apóstol inspirado Mateo. Como dijo Jesús mismo: “*la Escritura no puede ser quebrantada*” (Juan 10.35).

El profeta Isaías vio la gloria del Señor: “*En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria*” (Isaías 6.1-3). En el verso 5 reitera a quien había visto: “...*han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos*”. Pero el apóstol Juan asegura que Isaías vio la gloria de Jesús: “*Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él*” (Juan 12.41).

Dice el salmista: “*Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; Cetro de justicia es el cetro de tu reino*” (Salmos 45.6). Mas, según el escritor de la Carta a los Hebreos, este texto se refiere a Jesús: “*Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; Cetro de equidad es el cetro de tu reino*” (Hebreos 1.8).

En este pasaje, los Testigos de Jehová cometan una de sus pifias más absurdas. Su perversión del Nuevo Mundo dice: “*Pero respecto al Hijo: “Dios es tu trono para siempre jamás, y [el] cetro de tu reino es el cetro de rectitud”*.

No encontrando mejor forma de evitar la sencilla declaración de que el Hijo es Dios, acaban por decir, ridículamente, que Dios *ies* el trono del Hijo! Luego Jesucristo es rey, tiene el cetro real y además, Dios es su sentadero (y esto *ipor el siglo del siglo!*), según los Testigos contra Jehová. Cabe la pregunta: ¿Quién es superior: el rey o la silla donde se sienta? En su afán por tergiversar la Palabra de Dios, terminan por crear una blasfemia. La verdad es que aquí Dios mismo declara que Cristo Jesús es Dios y reina para siempre.

Más aun, ¿de dónde toman los Testigos de Jehová esta frase para su Traducción del Nuevo Mundo en español? Pues el Emphatic Diaglott, el interlineal griego-inglés en que presumen basarse, traduce esta frase correctamente. Dice: “*But to the Son: Thy throne o God is for the Ages*”, que en español sería: “*Pero al Hijo: Tu trono, oh Dios, por las edades*”. ¿Se da cuenta de la maliciosa ignorancia de esta moderna sociedad religiosa?

Finalmente, el salmista se dirige a Dios diciendo: “*Desde el principio tú fundaste la tierra, Y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; Y todos ellos como una vestidura se envejecerán; Como un vestido los mudarás, y serán mudados; Pero tú eres el mismo, Y tus años no se acabarán*” (Salmos 102.25-27). Pero, nuevamente según el escritor de la Carta a los Hebreos, esto fue dicho del Hijo (lea Hebreos 1.10-12).

Se concluye, pues, que el Antiguo Testamento avala la deidad de Cristo Jesús, el Mesías prometido. De esto es prueba contundente el uso que de su texto hacen los mismos escritores inspirados del Nuevo Testamento, al conferir a Cristo pasajes que hablan exclusivamente de Jehová.

Por eso Jesús demandaba a sus oyentes a que lo encontraran en el Antiguo Testamento, que daba fehaciente testimonio de él: “*Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí*” (Juan 5.39).

Ahora vemos como la iglesia primitiva pudo predicar el evangelio de Cristo contando tan solo con el Antiguo Testamento: “*porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo*” (Hechos 18.28).

Por eso el corazón de los discípulos ardía, mientras el Señor les daba a entender las Escrituras que lo señalaban:

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían. Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (Lucas 24.27, 32).

Estimado lector ¿arde en este momento su corazón?

Preguntas de repaso:

1. - *¿Cuál es el profeta del Antiguo Testamento que más escribe acerca de Cristo?*
2. - *Según las profecías, Dios vendría a su templo, ¿cómo y cuándo se cumplió esto?*
3. - *Defina con sus palabras la más grande pifia de los Testigos de Jehová.*

DECLARACIONES DEL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento, como la revelación plena y definitiva de Dios, es aun más abundante y claro al declarar sobre la divinidad de Jesucristo.

Juan 1.1, 14 El apóstol Juan, inspirado por el Espíritu Santo, inicia su Evangelio así: “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*”.

Las primeras tres palabras nos recuerdan a Génesis 1.1; en ese principio remoto, antes de todas las cosas, el Verbo ya era. Esto nos habla de la pre-existencia y la eternidad del Cristo (corroborar en Juan 8.58; Miqueas 5.2; Hebreos 13.8 y Colosenses 1.17).

R. C. Sproul comenta: “*En este muy notable pasaje, el logos es, por una parte, caracterizado a distinción de Dios (era con Dios) y luego es identificado con Dios (era Dios). Difiere del Padre como persona pero es uno con el Padre en esencia*”.

Más que decir que el Verbo era Dios, según el griego original, ***kai Theos en ho Logos***, dice literalmente: “*y Dios era el Verbo*”. Así lo vierte fielmente la Biblia de Jünemann, y la Biblia Textual dice: “*y DIOS era el Logos*”. El apóstol Juan antepone el predicado al sujeto para enfatizar la cualidad divina del Verbo.

Todas las versiones de la Biblia han traducido bien este versículo, salvo la Traducción del Nuevo Mundo, inventada por los Testigos de Jehová, que añade la palabra “*un*”. (Con ello, los Testigos de Jehová se convierten, sin quererlo, en politeístas, pues creen que Jesús es *un dios aparte de Jehová*). El argumento de la Sociedad Watchtower para incrustar esta palabra (*un*), es que en el texto del versículo en griego, las dos veces que aparece la palabra Dios son diferentes. La primera vez (*estaba con Dios*), el griego dice ***ton Theon***, con artículo determinado. Pero la segunda vez (*era Dios*), aparece solo ***Theos***, sin el artículo. Por lo tanto, dicen ellos, no se trata del mismo Dios; el vocablo que lleva artículo es Dios, pero el que no lo lleva es *un dios de categoría inferior*.

Veamos qué dicen los expertos en griego. H. E. Dana y Julius R. Mantey, en su libro *Un Manual de la Gramática del Griego del Nuevo Testamento*, explican: “*Algunas veces, con un nombre que el contexto comprueba ser definido, el artículo no se usa. Esto hace que la fuerza recaiga sobre el aspecto cualitativo del nombre en lugar de*

su sola identidad. Un pensamiento puede concebirse desde dos puntos de vista: 1) identidad, y 2) cualidad”.

Entendiendo esto, la ‘falta’ del artículo en la oración en el texto griego, no tiene por objeto minimizar la deidad de Cristo, sino por el contrario, posee la intención de enfatizarla, según el propósito del escritor inspirado. Ahora, suponiendo que fuera cierto que todas las veces que en el Nuevo Testamento aparece la palabra Dios sin el artículo determinado, puede o debe de traducirse “*un Dios*”, veamos qué sucede en otros textos, donde aparece así, sin el artículo:

“...el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de *un Dios*” (Mateo 4.4)

“...los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de *un Dios*” (Mateo 5.9)

“...menospreciará al otro. No podéis servir a *un Dios* y a las riquezas” (Mateo 6.24)

“...cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de *un Dios*” (Lucas 1.35)

Haga usted lo mismo, además, en Lucas 1.78; 2.14, 40; 20.38; Juan 1.6, 12, 18; 16.30; Romanos 8.8, 33; 1Corintios 1.1; 2Corintios 1.21; Gálatas 1.3; 2.19, y verá la ridícula consecuencia de esta falsa y perversa argucia gramatical.

Romanos 9.5 De la misma manera, el apóstol Pablo, refiriéndose a los israelitas, dice: “*De quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén*”.

Según el apóstol Pablo, en su naturaleza humana, Cristo desciende de los judíos pero, en su naturaleza divina, es el Dios sobre todo el universo, sobre todas las cosas, incluso sobre los judíos que lo rechazaron y sobre sus criaturas que lo rechazan hoy en día.

El erudito bíblico Charles Hodge comenta: “*Pablo... declara que Cristo, quien, según lo que acababa de decir, era, en cuanto a su naturaleza humana o como un ser humano, un descendiente de los israelitas, es, en otro aspecto, el Dios supremo o el Dios que está sobre todo, y que es bendito para siempre... Este pasaje, entonces, presenta a Cristo como Dios en el más alto sentido de la palabra*”.

Nuevamente los creadores de la Traducción del Nuevo Mundo, añaden una pequeña palabra que cambia todo el sentido de la frase, su falsificación dice: “*a quienes pertenecen los antepasados y de quienes [provino] el Cristo según la carne: Dios, que está sobre todos, [sea] bendito para siempre. Amén*”.

La palabra “sea” no aparece en ninguna versión de la Biblia, en ningún manuscrito griego, ni siquiera en el interlineal en inglés elaborado por la Sociedad Watchtower, el Emphatic Diaglott. Traduciendo al español lo que dice este último, resultaría así: “...y de quien el Ungido según la carne, siendo sobre todo Dios, digno de alabanza por los siglos. Que así sea”. A su interlineal le añaden la palabra ‘be’ (sea) en el margen, y a su Traducción del Nuevo Mundo en español se la añaden en el mismo texto (pero, ¿qué investigador sincero e imparcial, teniendo esta información, caerá en semejante engaño?).

Además, acerca de los dos puntos después de la palabra carne, nuestro hermano Bill H. Reeves comenta: “Por medio del uso de signos de puntuación, su versión cambia el sentido, haciendo una división entre Cristo y Dios. Su versión da a entender que Cristo provino según la carne, y que Dios que está sobre todos sea bendito, como si Cristo no era Dios. Debe notarse que su Interlineal no sigue la misma puntuación. No pone dos puntos después de la palabra, “carne” (cosa que hace separación de sentido), sino una coma (cosa que indica que algo adicional a lo anterior se agrega), como es correcto. Es un cambio muy sutil, pero logra su propósito”.

Los guías del Atalaya afirman que intercalan palabras en el texto bíblico para hacer más comprensible el sentido. Sin embargo, sus interpolaciones no aclaran, sino que modifican y alteran totalmente el sentido y significado del texto sagrado.

Colosenses 1.15 A los hermanos colosenses, el mismo Pablo les dice: “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación”.

Cristo es “la imagen de Dios” (2Corintios 4.4) y “la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1.3). La palabra griega **eikon**, no trata de una mera semejanza que indique parecido, sino que supone un modelo, prototipo o arquetipo del cual la imagen es tomada y se deriva. John MacArthur comenta: “La palabra griega que se traduce “imagen” es *eikôn*, del cual se deriva la palabra “ícono”. Significa “copia” o “semejanza”. Jesucristo es la imagen perfecta y la semejanza idéntica de Dios, lo cual significa que Él es Dios y posee todos los atributos de Dios (Flp 2:6; Jn 1:14; Jn 14:9), lo cual ha sido así desde toda la eternidad y hasta toda la eternidad. Al describir de esta manera a Jesús, Pablo recalca que Él es tanto la representación como la manifestación de Dios”.

Como F. F. Bruce bien explica: “Las palabras que pronunció, las obras que realizó, la vida que vivió, la persona que era: todos estos elementos revelaron al Padre invisible. Él es, en las palabras de Pablo, la visible ‘imagen del Dios invisible’”.

En la persona de Jesús, pues, se ha dado a conocer al Dios invisible (Juan 1.18).

Los Testigos contra Jehová usan este texto para enseñar que Jesús es la primera cosa creada, en la frase ‘el primogénito de toda creación’. Pero el término primogénito (heb. **bekor**, gr. **prototokos**) en la Biblia se usa en dos sentidos: el literal, como el primer nacido (Mateo 1.25), o figuradamente, indicando preeminencia en posición o jerarquía. En este segundo sentido, Israel es llamado el ‘primogénito de Dios’ (Éxodo 4.22) aunque no era el primer pueblo creado, David es el ‘primogénito de los reyes’ (Salmos 89.27) aunque no era el primer rey en existir, y Jesús es el Primogénito, o sea, el Señor de toda la creación. Como dice Pablo más adelante: “*y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia*” (Colosenses 1.18). Si es verdad que Cristo es el Creador de todas las cosas (Colosenses 1.16), no podría haberse creado a sí mismo, ni ser creado por otro (leer con atención Isaías 43.10).

Colosenses 2.9 En esta misma epístola, hablando del Hijo, Pablo afirma: “*Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*”.

El comentarista Richard Lenski afirma: “*La plenitud de la Deidad, por supuesto, nunca puede ser dividida. Donde quiera que esta more, mora ‘todo’ lo de esta. La división es impensable. Cristo no podría tener omnipotencia, por ejemplo, sin tener ‘toda la plenitud de la Deidad’*”.

La palabra ‘habita’ es traducción del griego **katoikeo**, que indica una morada fija, permanente. Que en Jesús *habita* (tiempo presente) toda la plenitud de la Deidad, es prueba de que es Dios en persona. Si en Jesús no habitaba toda la plenitud de la Deidad, entonces ni su encarnación ni su sacrificio significarían gran cosa, y no habría perdón de pecados ni redención eterna. Pero Cristo es “*en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados*” (Colosenses 1.14).

Deseando disminuir el peso glorioso de este texto, la Sociedad Watchtower lo traduce así: “*porque en él mora corporalmente toda la plenitud de la cualidad divina*”. No es, dicen, la Deidad, sino solo una cualidad. (Como si ignoraran, de paso, que la cualidad de algo se dirige esencialmente a lo que ese algo es).

Son tan cínicos en sus propósitos, que en su revista Atalaya de marzo 1 de 1963, justificaron esta traducción diciendo que: “*La manera en que estas dos palabras han sido traducidas en la Traducción del Nuevo Mundo ha hecho surgir la acusación de*

que los del Comité de Traducción de la Biblia del Nuevo Mundo permitieron que sus creencias religiosas influyeran en ellos. Esta acusación es cierta, mas no lo hicieron incorrecta o indebidamente. El significado que ha de darse a estas dos palabras griegas depende de lo que la entera Biblia dice con respecto a Jehová Dios y Jesucristo”.

Esta parece más la excusa o justificación de un ladrón confeso que una razón legítima. Reconocen que las *creencias religiosas influyeron en sus traductores*. Reconocen que no traducen fielmente según el sentido original del idioma griego, sino que su traducción ha de estar conforme y sujeta a sus creencias preconcebidas. Siguiendo esta táctica, quienes usan instrumentos en la adoración pueden traducir Efesios 5.19 y Colosenses 3.16 como “*cantando y tocando*”; o quienes practican el diezmo, o el sábado, o quienes creen en la salvación por la fe sola, podrían hacer sus propias Escrituras que así lo enseñen, añadiendo o quitando palabras, y si no ¿por qué no?

El vocablo en cuestión es **theotes**, y significa, según el erudito Thayer: “*deidad, el estado de ser Dios, Divinidad*”. A final de cuentas, en las notas a pie de página de la Traducción del Nuevo Mundo, ellos así lo reconocen: “*Cualidad divina’ Lit.: ‘divinidad’. Gr.: the- ó.te·tos; lat.: di·vi·ni·tá·tis*”.

1Timoteo 3.16 Igualmente dice Pablo: “*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado a los gentiles, Creído en el mundo, Recibido arriba en gloria*”.

¿Quién ascendió al cielo en gloria, después de haber sido encarnado, justificado (o vindicado, Romanos 1.4), predicado a los gentiles y creído en el mundo? Jesús de Nazaret y, según Pablo, Dios mismo.

Algunas versiones modernas, surgidas de manuscritos más nuevos, no dicen “*Dios*”, sino solamente: “*Él fue manifestado en la carne*”. Pero aun así, si fue manifestado en la carne, se habla de un ser con existencia previa, que se manifestó como un ser mortal. Además, ¿de qué hombre común se pueden decir las cosas que el texto afirma? Ni siquiera pueden aplicarse al Padre o al Espíritu Santo.

Es el Verbo Eterno de Dios el que *fue hecho carne* (Juan 1.14), *hecho semejante a los hombres* (Filipenses 2.7), *muerto en la carne* (1Pedro 3.18), por ser así necesario (Hebreos 2.14).

Charles Spurgeon argumenta con mucho ingenio y con mucha razón: “...si el texto no dice que Dios fue manifestado en la carne, ¿quién dice, entonces, que fue? Fue un hombre, o un ángel, o un demonio. ¿Nos dice que un hombre fue manifestado en la carne? Con seguridad no puede ser ésta la enseñanza, porque todo hombre es manifestado en la carne, y no hay sentido al hacer tal afirmación referente a un mero hombre y luego llamarle un misterio. ¿Fue, entonces, un ángel? Pero ¿qué ángel se ha manifestado nunca en la carne? Y si lo fue, ¿sería por cierto, un misterio que hubiera sido visto de los ángeles? ¿Es una maravilla para un ángel ver a otro ángel? ¿Podrá ser que el demonio fuera manifestado en la carne? Si es así, él ha sido recibido arriba en gloria, lo que esperamos no habrá sucedido. Por lo tanto, si el que fue manifestado en la carne no fue un hombre, ni un ángel, ni un demonio, con seguridad debe haber sido Dios; y así, si la palabra no está allí, debe estar el sentido, o hay un contrasentido. Creemos que si la crítica pasara el texto por un molino, no sacaría ni más ni menos que el sentido expresado en nuestra magnífica versión antigua: “Dios fue manifestado en carne”.

Tito 2.13 Asimismo escribe Pablo, ahora a Tito: “Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”.

Jesucristo es nuestro gran Dios y Salvador, según el texto griego original. Pero, nuevamente, la Traducción del Nuevo Mundo introduce una palabra, el artículo ‘del’, que cambia todo el sentido a la frase: “mientras aguardamos la feliz esperanza y la gloriosa manifestación del gran Dios y de[l] Salvador nuestro, Cristo Jesús”. Sin embargo, en el griego hay un solo artículo, por lo tanto ambos títulos o palabras (Dios y Salvador), son predicados de la misma persona: Jesucristo.

Es el mismo caso del apóstol Pedro quien dice: “Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra” (2Pedro 1.1). La Sociedad Watchtower introduce el mismo artículo ‘del’ para producir engañosamente la misma distinción entre Dios y Salvador. Su perversión dice: “Simón Pedro, esclavo y apóstol de Jesucristo, a los que han obtenido una fe, tenida en igualdad de privilegio con la nuestra, por la justicia de nuestro Dios y de[l] Salvador Jesucristo”.

(En ambos textos colocan una ‘l’ entre corchetes, para fingir que solo añaden esa letra, pero en realidad han añadido toda la palabra). El erudito en griego A. T. Robertson, lo explica así:

“el único artículo (**tou**) con **theou** y **sōtēros** demanda precisamente como con **tou kuriou hēmōn kai sōtēros Iēsou Christou** (de nuestro Señor y Salvador Jesucristo), una persona, no dos”. Robertson llama la atención al hecho de que, en varios pasajes de la misma carta de Pedro, la Traducción del Nuevo Mundo traduce correctamente *Señor y Salvador*, pero aquí inventan un artículo por así convenir a sus creencias.

Testimonio igual da el comentarista John MacArthur quien dice: “La construcción griega solo tiene un artículo antes de esta frase, así que toda la frase se refiere a la misma persona. De esta manera, Pedro identifica a Jesucristo como Salvador y Dios al mismo tiempo”.

1Juan 5.20 Volviendo con el apóstol Juan, leemos: “Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna”.

Juan termina su carta dando la conclusión al principio de ella, donde había dicho: “porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó” (1Juan 1.2). Aquella vida eterna estaba con el Padre y se nos manifestó (Juan habla como testigo presencial). Ahora dice: estamos en el Hijo, en el verdadero Dios y la vida eterna.

Aquí cabe hacer notar, que la Traducción del Nuevo Mundo vierte correctamente este pasaje (1Juan 5.20), pero ellos afirman que se está hablando del Padre, y no del Hijo.

El interlineal de Westcott y Hort, que los Testigos de Jehová ven con buenos ojos, dice: “Hemos sabido pero que el Hijo de el Dios ha venido y ha dado a nosotros percepción mental para que estamos conociendo a el Verdadero y estamos siendo en el Verdadero en el Hijo de él Jesús Ungido Este está siendo el Verdadero Dios y vida eterna”. Haciendo una lectura normal, así como traducen todas las versiones de la Biblia, Jesús es el verdadero Dios y la vida eterna.

Lo natural en gramática es que el pronombre ‘este’ se refiera al último mencionado, el antecedente inmediato; debe existir una razón de peso para que esa palabra se refiera al antecedente remoto. En este caso, si la palabra ‘este’ se refiriera al Padre, entonces Juan está concluyendo su carta dándole importancia crucial a algo que todos ya sabemos: que Dios es el verdadero Dios.

Juan 20.28 El testimonio, reconocimiento y reverencia de uno que dudaba: “*Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!*”.

John Stott comenta: “*Tomás, sobrecogido de asombro, grita: '¡Señor mío y Dios mío!' Jesús acepta los títulos. Reprende a Tomás por su incredulidad, pero no por su adoración*”.

Algunos Testigos de Jehová de poco conocimiento, dicen que aquí Tomás no está dándole estos títulos divinos a Jesús, sino que está exclamando solo una expresión de asombro. Esto no es posible porque, en primer lugar, los judíos no hacían eso que en nuestra cultura es tan común, de mencionar así en vano el nombre de Dios. Y en segundo lugar, de haber sido así, Jesús lo habría reprendido.

En lugar de esto, Jesús mismo nos explica la naturaleza y el significado de esa declaración: “*Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron*” (Juan 20.29). ¿Acaso Cristo también entendió mal? Jesús dice que la evidencia directa llevó a Tomás a creer en su deidad. Tomás no solo exclama espontáneamente, sino que “*respondió y le dijo...*” (a Jesús, no a todos). Si usted, amable lector, es de los que aún dudan, crea por medio del convencimiento y confesión de fe de este testigo presencial, y sea bienaventurado.

Concluimos entonces, que el Nuevo Testamento, así como el Antiguo, proclaman, afirman y confirman, sin lugar a dudas, la divinidad de Cristo, el Hijo de Dios.

Preguntas de repaso:

1. - *¿Cuál es el argumento de los TdJ para insertar la palabra ‘un’ en Juan 1.1?*
2. - *Explique el sentido figurado de la palabra ‘primogénito’.*
3. - *¿Qué palabra añaden los TdJ en Tito 2.13 para evadir la deidad de Cristo?*

LA ADORACIÓN DE CRISTO

Cristo Jesús cita Deuteronomio 6.13, para mostrar que las Santas Escrituras enseñan y ordenan que solo a Dios se debe de adorar: “*Respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás*” (Lucas 4.8).

El verbo *adorar* es traducción del vocablo griego **proskuneo**. Según el erudito W. Vine significa: “*hacer reverencia, dar obediencia a (de pros, hacia, y kuneo, besar). Es la palabra que con más frecuencia se traduce adorar*”.

Esta palabra se usa principalmente de adoración a Dios y a Cristo, pero también de adoraciones erradas, como a Satanás (Lucas 4.7), al dragón y la bestia en Apocalipsis (13.4; 13.15; 14.11; 16.12), a demonios (Apocalipsis 9.20), o a ídolos (Hechos 7.43). De las 60 veces que aparece este vocablo en el Nuevo Testamento, solo en una es usado respecto al hombre, cuando Jesús, dentro de una parábola, se refiere a la extrema súplica de un siervo hacia su amo, en Mateo 18.26.

Dios prohíbe la adoración hacia los ángeles: “*Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios*” (Apocalipsis 22.8-9).

Juan se dispone a adorar (**proskuneo**) delante del ángel, pero este le instruye: adora (**proskuneo**) a Dios. La principal razón que expresa el ángel, es que tanto los ángeles (mensajeros), como los profetas (que dan revelación de Dios) y los santos en general, son consiervos, siervos de Dios y por lo tanto no dignos de adoración.

El apóstol Pablo ya había escrito al respecto: “*Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal*” (Colosenses 2.18). La humildad de considerarnos indignos de acercarnos a Dios, no debe llevarnos a la herejía de adorar a los ángeles, quienes a su vez también son seres creados y adoradores de Dios. Con toda claridad, el texto bíblico reserva y ordena la adoración solo para Dios.

Igualmente significativo es Hechos 10.25-26: “*Cuando Pedro entró, salió Cornelio a recibirlle, y postrándose a sus pies, adoró. Mas Pedro le levantó, diciendo: Levántate, pues yo mismo también soy hombre*”.

Así como la mente de Juan fue llevada a sobrevalorar al ángel que le mostraba aquellas grandes revelaciones, ahora Cornelio cree que Pedro ha de ser alguien muy importante, pues un ángel le dio mediante una visión, la instrucción de llamarlo (Hechos 10.5). El vocablo griego involucrado es el mismo: ***proskuneo***. Tanto el ángel de Apocalipsis como el apóstol Pedro, como fieles siervos del verdadero Dios, dan una expedita, firme y encomiable respuesta a estas pretensiones. (Este ejemplo lo pudiera seguir el Papa de Roma, si no fuera porque es considerado *vicario* de Cristo, es decir, puesto en el lugar de Cristo).

En el Comentario de Jamieson, Fausset y Brown, se lee: “*En el oriente, esta manera de demostrar respeto era común, no sólo a reyes, sino también a personas de alta distinción; pero entre los griegos y romanos era un homenaje reservado para los dioses. Pedro, por lo tanto, lo rechaza como impropio para ser ofrecido a mortal alguno*”.

La adoración dada a criaturas es muestra de la degradación de la sociedad que desconoce a Dios: “*ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén*” (Romanos 1.25). Queda, pues, prohibida la adoración tanto hacia los ángeles como hacia los hombres.

Sin embargo, el escritor de la carta a los hermanos judíos declara: “*Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios*” (Hebreos 1.6). El vocablo griego traducido como *adórenle* es ***proskunesatosan***. El erudito A. T. Robertson lo explica así: “*Primer aoristo de imperativo en voz activa, tercera persona del plural, de ***proskuneo***, aquí en su pleno sentido de adoración, no de mera reverencia o cortesía*”. A Cristo lo deben de adorar todos los ángeles, cosa imposible si él mismo fuera un ángel.

Un dato interesante acerca de la Sociedad Watchtower, es que las millones de biblia que distribuyeron desde las ediciones de 1963 y 1967, dicen también así: “*Y que todos los ángeles de Dios le adoren*”. Sin embargo, a partir de 1971, sus biblias dicen: “*Y que todos los ángeles de Dios le rindan homenaje*”. Adorar y rendir homenaje no es lo mismo, por eso modificaron su propia versión. Ahora, ¿la Sociedad Watchtower se equivocó en la versión de 1967? Y si no, ¿por qué la modificaron en 1971? Ellos no solo adulteran la misma Palabra de Dios, sino aun sus mismas biblia falsas, para que digan lo que ellos quieren. Esto demuestra su grosera y selectiva manipulación del texto sagrado, su malicia al hacerlo y su falibilidad como “organización de Dios”.

De la manera más solemne, Jehová declara: “*Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua*” (Isaías 45.22-23). Solo ante Jehová puede doblarse toda rodilla, y ahora, también en el nombre (o autoridad) de Cristo Jesús, pues él es *el Señor*: “*Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre*” (Filipenses 2.10-11). Cabe decir que la Traducción del Nuevo Mundo dice exactamente igual.

La exaltación universal de Cristo es *para gloria de Dios Padre*, cosa que no sería así si fuera un simple mortal. F. F. Bruce lo explica así: “*A veces se pregunta si "el nombre sobre todo nombre" es "Jesús" o "Señor". Realmente es ambos, porque por decreto divino el nombre de "Jesús" de allí en adelante tiene el valor del nombre "Señor" y esto en el sentido más alto que ese nombre puede llevar: el sentido hebreo de Yahveh o Jehovah*”.

Esto concuerda con la afirmación de Pablo: “*...sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies...*” (Efesios 1.20-22). ¿Aceptará usted, amable lector, que Jesucristo es el Señor y que debe doblar sus rodillas ante su Nombre? Esto es para darle gloria al Padre, quien lo revela y lo manda. De otra forma, deberá hacerlo obligadamente en el día final, pero no con gozo.

Dice el apóstol Juan: “*Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos*” (Apocalipsis 5.13). Este texto enseña que a Cristo se debe dar alabanza, honra y gloria, y que se le dará finalmente con toda seguridad. Nuevamente, la Traducción del Nuevo Mundo vierte el pasaje igual.

Expresa Dios por medio del profeta Isaías: “*...y mi honra no la daré a otro*” (Isaías 48.11). Pero Jesucristo dice en Juan 5.23: “*Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió*”. No se habla de cualquier tipo común de honra, sino de aquella exclusiva con la cual se honra a Dios el Padre. Cristo no dice meramente “*...que todos honren al Hijo...*”, sino que lo honren *como honran al Padre*.

La palabra ‘como’ cumple la función de adverbio de modo. De la misma forma en que se honra al Padre debe de honrarse a Jesús; y si no se le da esta honra, es equivalente a deshonrar a Dios mismo. Por lo tanto, Cristo es Dios.

Si lee este capítulo desde el versículo 17, tendrá una de las referencias más completas acerca de la igualdad entre el Padre y el Hijo: igualdad en su obra (v.17), en su autoridad y Deidad (v.18), en su poder (v.19), en su capacidad de dar vida (v.21), en su función de juzgar (v.22), y en la honra que se les debe de dar (v.23). ¿Para qué permitió Dios todas estas cosas? El versículo 23 es la respuesta.

Por eso el apóstol Pedro decía: “*Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén*” (2Pedro 3.18).

Asimismo, la Biblia también nos relata, en abundantes y variados textos, la adoración dada al Hijo de Dios. Como muestra podríamos citar los siguientes:

Mateo 8.2 “*Y he aquí vino un leproso y se postró (**prosekunei**) ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme*”.

Mateo 14.33 “*Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron (**prosekunesan**), diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios*”.

Mateo 28.9 “*He aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron (**prosekunesan**)*”.

Mateo 28.17 “*Y cuando le vieron, le adoraron (**prosekunesan**); pero algunos dudaban*”.

Lucas 24.52 “*Ellos, después de haberle adorado (**proskunesantes**), volvieron a Jerusalén con gran gozo*”.

Juan 9.38 “*Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró (**prosekunesen**)*”.

Otros textos similares serían Mateo 2.2, 9.18, 15.25 y 20.20. Marcos 3.11, 5.6-7 y 11.9-10. Lucas 5.8 y Hechos 7.59-60. Todos estos textos hablan de la adoración de Cristo en la tierra, pero la Biblia también habla de la adoración de Cristo en el cielo: “*Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos*” (Apocalipsis 5.8; ver también versículos 12-14).

¿Podrían tal cantidad de textos inspirados tratar, ordenar y aun relatar la adoración de Cristo, si no fuera Dios mismo?

¿No existiría contradicción, error, y aun blasfemia, en tal caso? Hemos visto las claras profecías del Antiguo Testamento, las declaraciones de los testigos presenciales y escritores inspirados del Nuevo Testamento, y la adoración de Cristo en el cielo y en la tierra como ser divino. Si Jesucristo no es Dios, ¿qué cosa es entonces? ¿Por qué el Espíritu Santo inspiraría tantos textos que tratan y demuestran la deidad de Cristo, si no fuera verdad?

Alister McGrath, acreditado teólogo, comenta: “*Dentro del contexto judío en el cual los primeros cristianos funcionaban, era Dios y sólo Dios el que había de ser adorado. Pablo advirtió a los cristianos en Roma que había un constante peligro de que los seres humanos adoraran a las criaturas cuando debían estar adorando al Creador (Rom. 1:23). Sin embargo la iglesia cristiana primitiva adoraba a Cristo como Dios, práctica que es claramente reflejada en el Nuevo Testamento*”.

Es el hecho de la adoración ordenada y dada al Señor Jesús, por sí sola, prueba contundente de lo que venimos estudiando: Que Cristo es el Hijo de Dios, partícipe plenamente de la naturaleza divina del Padre. Es decir Cristo Jesús es Dios en persona, “*manifestado en carne*” (1Timoteo 3.16).

Preguntas de repaso:

1. - *¿Cuál vocablo griego se traduce con el verbo adorar en el Nuevo Testamento?*
2. - *¿Con qué casos comprobamos la prohibición de adorar a ángeles o a hombres?*
3. - *¿Cómo dice la Traducción del Nuevo Mundo de 1963 en Hebreos 1.6?*

LAS CUALIDADES DE LA DEIDAD

Las Santas Escrituras nos enseñan que existen cuatro cualidades, características o atributos, que son propios y exclusivos de la naturaleza de Dios. Todo ser divino las posee y son parte de su esencia; no se puede desprender de ellas ni suspenderlas, sin dejar de ser Dios.

Después de comprobar que las profecías del Antiguo Testamento señalan la divinidad del Mesías, que los testigos y escritores del Nuevo Testamento se refirieron a la deidad de Cristo, y que la Biblia manda y relata su adoración, vamos ahora a analizar estas cualidades divinas y a corroborar, por medio de las Santas Escrituras, que Jesucristo es Dios porque también posee esos mismos atributos.

LA ETERNIDAD

Dios es eterno: “*¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance*” (Isaías 40.28). Habacuc 3.6 dice: “*Sus caminos son eternos*”. Deuteronomio 33.27 dice: “*El eterno Dios es tu refugio*”. El vocablo hebreo usado por Isaías es ‘**olam**’ que significa, según el Diccionario Vine: “*eternidad; tiempo muy lejano; perpetuidad; para siempre*”.

Pues bien, dos profetas que escribieron acerca del nacimiento de Cristo en la tierra, se refieren apropiada y oportunamente a su pre-existencia y eternidad: “*Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad*” (Miqueas 5.2).

La palabra hebrea que Miqueas utiliza para referirse a la eternidad del Mesías, es la misma que emplea Isaías, así como el Salmo 90.2 para hablar de la eternidad de Dios (‘**olam**’).

Isaías declara también que uno de los nombres del Mesías sería ‘*Padre Eterno*’: “*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz*” (Isaías 9.6).

El apóstol Juan comienza así su evangelio: “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*” (Juan 1.1).

Jesús mismo declara acerca de su pre-existencia en gloria: “Ahora pues, Padre, glorificame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17.5). “Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8.58).

El apóstol Pablo también afirma esta verdad: “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Colosenses 1.17).

La Traducción del Nuevo Mundo añade malignamente una palabra en dos ocasiones, para hacer creer a los lectores que Cristo es una cosa creada: “También, él es antes de todas las [otras] cosas y por medio de él se hizo que todas las [otras] cosas existieran”. La palabra ‘otras’ no aparece en ningún texto griego, ni en el Emphatic Diaglott (que en tal caso sería *others*), que usaron los Testigos de Jehová para crear su Traducción del Nuevo Mundo.

Tanto el Padre, como el Hijo y el Espíritu Santo, no solo son eternos, sin principio ni final, sino que además son inmutables, no cambian o varían su carácter. Dice Dios: “Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos” (Malaquías 3.6. Ver también Santiago 1.17).

Pues esto también es dicho acerca del Verbo eterno: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13.8). Cristo Jesús, pues, existía antes de su encarnación y, como Dios, tiene la cualidad divina de la eternidad y la inmutabilidad.

LA OMNIPOTENCIA

Dios es Omnipotente: “Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, mas en mi nombre JEHOVÁ no me di a conocer a ellos” (Éxodo 6.3). “Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto” (Génesis 17.1). Estos dos pasajes, como muchos más, contienen el nombre de Dios en hebreo **El Shadday**, que se traduce como ‘Dios Omnipotente’.

De igual manera, Jesús tiene toda potestad: “Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28.18). La palabra griega es **exousia**, según el erudito W. E. Vine, en este texto significa: “el poder de regir o gobernar, el poder de aquel cuya voluntad y mandatos deben ser obedecidos por los demás”.

Daniel lo había profetizado así: “*Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido*” (Daniel 7.14).

Pablo confirma que Jesús está sentado a la diestra del Padre “*sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia*” (Efesios 1.20-22).

Jesús tiene el poder divino de perdonar pecados: “*¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico)*” (Marcos 2.7, 10). Así como nosotros, los judíos entendían que solamente Dios puede perdonar pecados y, como no creían que Cristo fuera divino, sus palabras y acciones representaban una blasfemia contra Dios.

Jesús tiene y manifestaba poder sobre los elementos: “*Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fe? Y atemorizados, se maravillaban, y se decían unos a otros: ¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen?*” (Lucas 8.25). Los discípulos pasan del temor a morir, al temor reverencial de encontrarse ante el gran poder de Dios. Los milagros de Cristo, y especialmente sus numerosas curaciones, dan testimonio de su completo control sobre el mundo físico; al echar fuera demonios, demostraba su poder en la esfera espiritual (Lucas 4.41; Marcos 1.24).

Jesús da vida ‘como el Padre’: “*Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida*” (Juan 5.21). Dios puede resucitar muertos y Cristo también, Dios puede cambiar la vida de las personas y Cristo también, Dios puede salvar y dar vida eterna a los hombres y Cristo también: “*por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos*” (Hebreos 7.25); “*Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero*” (Juan 6.40).

Incluso tenía poder sobre su propia vida: “*Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre*” (Juan 10.17-18). Jesús expresa su propio derecho y potestad sobre su vida, de una forma en que no lo puede hacer una criatura.

Cristo tiene el poder de transformar nuestro cuerpo y de sujetar todas las cosas: “*el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas*” (Filipenses 3.21).

“*El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*” (Hebreos 1.3).

Existe un texto que puede referirse tanto a Dios el Padre como a Dios el Hijo: “*Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso*” (Apocalipsis 1.8).

La frase ‘el que ha de venir’ señala a Cristo, a quien esperamos: “*Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo*” (Filipenses 3.20). El contexto inmediato precedente habla de Cristo “*a quien traspasaron*” (v. 7). Las otras descripciones del verso Jesucristo las usa para sí en Apocalipsis 22.12-13. No existe ninguna razón para dudar que este texto hable de Cristo.

La Traducción del Nuevo Mundo vierte: “*Yo soy el Alfa y la Omega - dice Jehová Dios-, Aquel que es y que era y que viene, el Todopoderoso*”. Sin embargo en el texto griego no aparece el tetragrámaton YHWW, obviamente, sino que dice “*kurios ho theos*” o sea: ‘Señor Dios’.

LA OMNIPRESENCIA

Dios es Omnipresente: “*¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?*” (Jeremías 23.24). “*¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás*” (Salmos 139.7-8). “*Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos*” (Proverbios 15.3). Dios tiene la cualidad divina y exclusiva de estar en cualquier espacio y tiempo del universo.

Pues bien, el apóstol Pablo, en una forma similar a Jeremías, se expresa de Cristo: “*El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo*” (Efesios 4.10).

La Biblia en Lenguaje Sencillo traduce: “*Y el que bajó es el mismo que después subió a lo más alto del cielo, para llenar todo el universo*”.

Esta última versión es acorde al Comentario Beacon que dice: “*Cristo... llena todo el universo con su actividad como Soberano y Señor*”. William Barclay ha escrito: “*Para Pablo la ascensión de Jesús no significaba un mundo al que Cristo había desertado, sino un mundo al que Cristo había llenado*”.

“*Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel*” (Juan 1.47-49).

Este texto prueba tres cosas fundamentales en cuanto a la deidad de Cristo:

- Que era Omnipresente. Porque vio a Natanael sin estar cerca físicamente de él.
- Que era Omnisciente. Porque no solo lo ‘miró’, sino que conoció su corazón.
- Que no se despojó, sino que empleaba plenamente sus atributos divinos.

De ahí la exclamación de Natanael (‘tú eres el Hijo de Dios’), como de muchos otros al darse cuenta delante de qué Persona se encontraban.

Cristo promete su presencia donde haya dos o tres de sus discípulos: “*Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*” (Mateo 18.20). La palabra ‘congregados’ es traducción del griego **sunago**, que según el Diccionario de W. E. Vine significa: “*congregar (**sun**, juntamente; **ago**, reunir). Se usa de la congregación de gentes o de la reunión de cosas*”.

Cuando nos reunimos como iglesia adoramos al Señor, cantamos himnos a Cristo, hacemos oraciones que el Espíritu Santo acomoda (Romanos 8.26) y en las cuales Jesucristo intercede y aboga por nosotros (1Juan 2.1). Pero nada de esto tendría sentido si Cristo no estuviera presente entre nosotros, así como en miles de congregaciones alrededor del mundo.

Cristo es el creador y sustentador del universo (Colosenses 1.17; Hebreos 1.3), pero ¿cómo podría sustentar todas las cosas sin poder estar presente en todo lugar? John MacArthur dice: “*Cristo sostiene el universo y preserva el equilibrio necesario de fuerza, masa y energía para la existencia y continuidad de la vida*”.

Poco antes de ascender a la diestra del Padre, prometió a los apóstoles que estaría con ellos “*hasta el fin del mundo*” (Mateo 28.20); Cristo no quedaba limitado a su trono al lado del Padre. Podía fortalecer a Pablo, por ejemplo (Filipenses 4.13), y lo puede hacer con nosotros: “*Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades...*” (Hebreos 4.15).

Pero, ¿cómo podría Cristo comprendernos y compadecerse de nosotros, sin la cualidad divina de estar en todo lugar, incluso en nuestra mente y corazón?: “*todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras*” (Apocalipsis 2.23).

LA OMNISCIENCIA

Dios es Omnisciente: “*No multipliquéis palabras de grandeza y altanería; Cesen las palabras arrogantes de vuestra boca; Porque el Dios de todo saber es Jehová, y a él toca el pesar las acciones*” (1Samuel 2.3). “*tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y perdonarás, y actuarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, cuyo corazón tú conoces (porque sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres)*” (1Reyes 8.39). “*que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero*” (Isaías 46.10).

Una de las cualidades exclusivas de Dios es que sabe todas las cosas, del pasado, del presente y del futuro, y aun los pensamientos y las intenciones de cada ser humano. Con respecto a la Omnipotencia de nuestro Señor Jesucristo, hay incluso mayor y más contundente evidencia bíblica.

Jesús conocía a detalle la vida de las personas:

“*Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?*” (Juan 4.28-29). Los samaritanos confirmaron que Jesús era el Cristo (Juan 4.39-42).

“*Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel*” (Juan 1.47-49).

Y es que él, como Dios, sabía lo que había en el interior del hombre: “*Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre*” (Juan 2.24-25). “*Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?*” (Mateo 9.4).

Conocía previamente los acontecimientos así como su desenlace. Especial mención merecen las revelaciones de Cristo acerca de su crucifixión: “*Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*” (Juan 13.1, cb. Juan 18.4).

Jesús había revelado este evento con todo lujo de detalles: “*He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará*” (Marcos 10.33-34).

Jesús sabía perfectamente lo que sucedería con sus discípulos:

Sabía que todos huirían: “*He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo*” (Juan 16.32).

Sabía quién lo iba a entregar: “*Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar*” (Juan 6.64). “*Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos*” (Juan 13.11).

Sabía quién lo iba a negar: “*Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces*” (Marcos 14.30).

Jesús había anunciado eventos posteriores a su muerte, por ejemplo, la venida del Espíritu Santo: “*Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho*” (Juan 14.26).

El portentoso comienzo de la iglesia de Cristo: “*También les dijo: De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder*” (Marcos 9.1).

La persecución contra los discípulos: “*Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre*” (Mateo 24.9).

Y la destrucción total de Jerusalén: “*Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada... De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca*” (Marcos 13.2, 30).

Sus discípulos daban testimonio de su Omnipotencia, y no la desligaban de su divinidad: “*Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios*” (Juan 16.30). “*Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas*” (Juan 21.17).

Su propio testimonio: “*Y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras*” (Apocalipsis 2.23). La Biblia, pues, claramente adjudica a Cristo Jesús las cualidades que pertenecen solamente a Dios, como características de su naturaleza divina. Cristo es antes de todas las cosas, tiene poder divino, sabe todas las cosas y puede estar presente en cualquier lugar. Si Jesús no es Dios, ¿Qué es entonces?

ANEXO: FILIPENSES 2.5-8 ¿DE QUÉ SE DESPOJÓ?

Escribe el apóstol Pablo: “*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*” (Filipenses 2.5-8).

Una lectura errónea de este pasaje dice que Cristo no se aferró a su Deidad, sino que se despojó de sus cualidades divinas, para tomar la condición de hombre. Pero el apóstol de Cristo no dice semejante disparate.

Las Personas de la Trina Deidad no pueden despojarse de sus cualidades divinas, pues estas les hacen ser lo que son. De hecho, nada en el universo puede perder sus cualidades o propiedades y seguir siendo lo que es, mucho menos Dios. Quítale a un pollito sus alitas, su piquito, sus plumitas, sus intestinos, y ya no tiene un pollito. Tendrá, en todo caso, restos de lo que fue.

Pero en nuestro Señor Jesucristo no hay restos de nada, sino que “*en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*” (Colosenses 2.9). Dios no puede dejar de ser Dios. Cristo poseía sus cualidades divinas y las usó, por eso la gente creía en él.

Lo que el texto está diciendo, es que Jesús, no por ser Dios y ser igual al Padre, iba a dejar de cumplir el plan eterno de Dios. Jesús se despojó, no de algo tangible, sino de su majestad, de su gloria celestial, para encarnarse en un ser humano y poder morir por los pecadores. Ni los ángeles ni los hombres eran idóneos ni los indicados para morir por los pecados del mundo.

El texto enseña que Cristo hizo dos acciones, y enseguida, mediante su respectivo gerundio, explica de qué manera las hizo:

- Cristo se despojó, ¿cómo? > “**tomando forma de siervo...**”
- Cristo se humilló, ¿cómo? > “**haciéndose obediente hasta la muerte...**”

María Luz Gutiérrez Araus, catedrática de Lengua Española, explica: “*la función del gerundio es de complemento circunstancial y su uso es correcto si expresa en qué momento, de qué modo o por qué motivo o condición se da la acción principal*”.

Nuestro hermano Wayne Partain comenta: “*nuestra salvación depende de la verdad afirmada tantas veces en la Biblia de que Cristo es eterno, y que cuando llegó a ser hombre (aceptó la naturaleza humana), no dejó de ser Dios (no dejó ni su naturaleza divina, ni sus atributos divinos). Un mero hombre no podía salvarnos*”.

Preguntas de repaso:

1. - *¿Cuál fue la reacción de los fariseos al ver que Jesús perdonaba pecados?*
2. - *¿Cuáles son los cuatro eventos posteriores a su muerte que anunció Jesús?*
3. - *Explique con sus propias palabras el significado real de Filipenses 2.5-8*

LAS PALABRAS DEL HIJO DE DIOS

Otra de las pruebas fundamentales de la deidad de Cristo son sus propias palabras, evidencia además de su propia conciencia sobre su divinidad. Es verdad que Jesucristo no dijo literalmente “*yo soy Dios*”, pero definitivamente que sí lo expresó en el lenguaje religioso de su pueblo.

EL “YO SOY”

Cuando Moisés le pregunta a Dios qué les contestará a los israelitas cuando quieran saber su nombre, Dios le responde: “*Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijо: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros*” (Éxodo 3.14). La primera frase en el texto hebreo es “**ehyeh asher ehyeh**” (la Biblia Peshitta dice: “AJYAH ASHAR JEYAH”), e indica no solo la existencia por sí mismo, sino su presencia viva y activa. Dios ordena que Moisés use resumidamente el nombre ‘Yo Soy’ para referirlo a su pueblo. Esta frase es traducida en la Septuaginta como “**ego eimi ho on**”.

Después de revisar personalmente más de cincuenta diferentes versiones del Antiguo Testamento, casi todas las biblias traducen este pasaje del hebreo al español como “*Yo Soy*”. Las únicas excepciones son la Biblia de Oro de Torres Amat (católica), que dice: “*EL QUE ES*” y, por supuesto, la Traducción del Nuevo Mundo que dice: “*YO RESULTARÉ SER*”.

En el libro de David A. Reed en inglés **J.W. Answered Verse by Verse** (algo así como ‘Los Testigos de Jehová, Respuestas verso por verso’), viene la siguiente información: “*La propia Biblia de estudio de los Testigos de Jehová prueba que Jesús estaba afirmando ser el YO SOY. Su impresión de 1984 de la Traducción del Nuevo Mundo de las Santas Escrituras con Referencias tiene una nota al pie sobre Éxodo 3.14, admitiendo que el Hebreo debería ser traducido al Griego como “Ego eimi” - ‘Yo soy’*”.

Jesús de Nazaret, aunque no usa esta frase como título o nombre, sí realiza varias referencias directas a este título divino en diferentes ocasiones y, en todas ellas sin excepción, asume o se afirma en alguna característica divina, o expresa algo muy importante acerca de la salvación. Si en cualquiera de las siguientes afirmaciones de Cristo, las palabras “*yo soy*” (griego ‘**ego eimi**’) no son una alusión directa a Éxodo 3.14, entonces las frases pierden todo sentido haciéndose absurdas.

Por ejemplo, cuando dice que el perdón de pecados depende de la fe en él: “*Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis*” (Juan 8.24). Dice Jesús: “*si no creen que ‘yo soy’, morirán en pecado*”. Las consecuencias son terribles pero, si no se refiere al ‘Yo Soy’ de Éxodo 3.14, ¿Cuál es el significado entonces? Ni la frase ni el contexto lo aclaran, y Cristo no se ocupa en explicarlo (la mente de sus oyentes debía de inferirlo).

La Traducción del Nuevo Mundo de los Testigos de Jehová añade entre corchetes la palabra “ese”, pero el resultado hace al texto aun más incomprensible. Dice esta perversión: “*si no creen que yo soy [ese], morirán en sus pecados*”. Pero la pregunta sigue en pie: ¿Quién es ‘ese’?

En lugar de responder de manera explícita la pregunta de los judíos en el siguiente versículo: “*¿Tú quién eres?*”, enseguida Jesús, repitiendo la frase, predice que al ser crucificado, lo reconocerán: “*Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo*” (Juan 8.28).

Después de la consumación del plan perfecto de Dios, se darán cuenta, dice Jesús, que “yo soy”. ¿Ahora sí explica su uso o el significado de estas palabras? No. Pero les da una clave y un plazo para descifrarlo, y esto se cumplió en parte cuando Mateo dice: “*El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente éste era Hijo de Dios*” (Mateo 27.54).

Cuando el evangelio es predicado por primera vez por el apóstol Pedro, muchos de los judíos terminaron por entender: “*Sepa, pues, ciertísimoamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué faremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo*” (Hechos 2.36-38).

Un poco adelante, Jesucristo se atribuye preexistencia, eternidad y superioridad ante Abraham: “*Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue*” (Juan 8.58-59). Según los Testigos de Jehová este texto no se relaciona con Éxodo 3.14, porque el tema aquí es la preexistencia de Cristo, y no su identidad.

Sin embargo, la identidad de Jesús es el tema prioritario de todo el contexto: “*¿Tú quién eres?*” (verso 25), “*¿Quién te haces a ti mismo?*” (verso 53).

Asimismo, la traducción que hacen los Testigos de Jehová de Juan 8.58 tampoco es válida. Su versión dice: “*Jesús les dijo: ‘Muy verdaderamente les digo: Antes que Abrahán llegara a existir, yo he sido’*”. Para esta traducción inventaron un supuesto tiempo griego “*perfecto indefinido*”, cosa que, según los especialistas, no existe en el idioma griego. No solo inventan su propia biblia, sino aun su propia gramática griega. Al paso del tiempo y debido a la exhibición pública, reconocieron su error gramatical, pero no corrigieron su biblia falsa.

Cuando Jesús se refiere a Abraham con la palabra “*fuese*”, lo hace en tiempo aorista, es decir, un evento en el tiempo. Pero cuando se refiere a sí mismo como “*Yo soy*” (griego **ego eimi**), lo hace en tiempo presente, indicando acción continua según la gramática griega. Quiere decir que él estaba, está y siempre estará en existencia. Jesús afirma no solo su existencia antes de Abraham, sino, de hecho, su eternidad como Persona divina.

Nuevamente, David A. Reed dice, acerca de la Sociedad Watchtower: “en su *Kingdom Interlinear Translation of the Greek Scriptures de 1985 revelan que las palabras de Jesús en Juan 8.58 son el mismo: “ego eimi” (nota al pie), “Yo soy” (texto interlineal)*”.

Además, que los judíos comprendían, y muy bien, el significado de las palabras “*yo soy*” es evidente por su reacción en este momento como en el del texto siguiente: “*Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra*” (Juan 18.5-6). ¿Les hablaría demasiado fuerte o no estarían bien parados estos soldados?

En otra oportunidad, al probar su omnisciencia ante sus discípulos, Jesús dice: “*Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy*” (Juan 13.19). Cuando las predicciones de Cristo acerca de Judas se cumplieran, sería para los discípulos una evidencia de la omnisciencia y de la identidad divina del Señor. Nuevamente, las palabras ‘*yo soy*’ aluden a Éxodo 3.14.

Tanto las palabras de Cristo como las reacciones de los judíos a ellas, son prueba irrefutable tanto de la deidad de Cristo como de su conciencia de la misma; es decir, Jesús no solo era y es Dios, sino que él sabía y afirmaba claramente ser Dios.

Quienes objetan esta verdad, deben aclarar a qué cosas se está refiriendo entonces Cristo.

Con el enfermizo propósito de negar la deidad de Cristo, la Traducción del Nuevo Mundo traduce todos estos pasajes de manera distinta, aunque en el griego sean los mismos vocablos (**ego eimi**): Juan 8.24 (*yo soy [ese]*), Juan 8.58 (*yo he sido*), Juan 18.5-6 y 13.19 (*soy yo*). Asimismo, traducen Éxodo 3.14 de forma muy diferente a todas las demás versiones, todo esto, solo para intentar que se pierda la evidente relación del nombre divino Yo Soy con las palabras del Hijo de Dios.

Las palabras ‘yo soy’ parecen ser muy utilizadas por Jesús en múltiples ocasiones: “*yo soy, no temáis*” (Mateo 14.27), y especialmente en Juan: “*Yo soy el pan de vida*” (Juan 6.35), “*Yo soy la luz del mundo*” (Juan 8.12), “*Yo soy la puerta de las ovejas*” (Juan 10.7), “*Yo soy el buen pastor*” (Juan 10.11), “*Yo soy la resurrección y la vida*” (Juan 11.25), “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*” (Juan 14.6), “*Yo soy la vid verdadera*” (Juan 15.1), “*Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último*” (Apocalipsis 22.13). Amén.

EL HIJO DE DIOS

El uso por parte de Jesús, así como por los apóstoles hacia él, del título “*Hijo de Dios*”, es fundamental en este estudio. Cristo no es hijo de Dios como todo creyente en lo general, sino que él es el unigénito Hijo de Dios: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Juan 3.16).

La palabra ‘unigénito’ es traducción de la griega **monogenes**, que según Joseph Thayer significa: “único en su tipo, sólo”, y específicamente: “que se utiliza de Cristo, denota el único hijo engendrado de Dios”. Este vocablo aparece también en Juan 1.14, 18; 3.18 y 1Juan 4.9.

El título “*Hijo de Dios*” posee características divinas. Que su afirmación de ser el Hijo de Dios es entendida por los judíos como blasfema, queda claro por su reacción: “*Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios*” (Juan 5.17-18).

Que Jesús dijera ser “*Hijo de Dios*”, es sinónimo de hacerse “*igual a Dios*”.

En su libro *Imágenes Verbales en el Nuevo Testamento*, A. T. Robertson dice: “*Jesús dice 'mi Padre' (**ho pater mou**). No 'nuestro Padre'. Afirma una relación peculiar con el Padre*”.

Los judíos no acostumbraban referirse así a Dios, y entendían bien las palabras de Jesús. Los judíos se molestaban porque según ellos quebrantaba el día de reposo, pero su auténtica furia se debía a que se *hacía igual a Dios*.

La prueba fundamental de que Jesús reclamaba la igualdad con el Padre al llamarse Hijo de Dios, es que esa fue la causa de su ejecución: “*Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios*” (Juan 19.7). Si Jesús hubiera dicho que era *hijo de Dios* como cualquiera del pueblo, ¿cuál hubiera sido el problema, la blasfemia o la acusación?

Los judíos eran el pueblo creado y elegido por Dios, instruido y guiado directamente por él, escritor, depositario y custodio de las Santas Escrituras; era un pueblo erudito en la Palabra de Dios. Si alguien entendía y sabía el significado de las pretensiones de Jesús de Nazaret, ese era el pueblo israelita. Por eso lo rechazaron y asesinaron, porque reclamaba ser el Hijo de Dios, el Verbo Divino, el Mesías prometido, Dios Encarnado.

Vuelvo a llamar la atención a considerar las reacciones de aquellos que escucharon las palabras de Jesús: “*Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró. Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados*” (Juan 9.35-39).

Este hombre fue maltratado y expulsado de la sinagoga judía, pero como recompensa recibió no solo el milagro de la vista, sino el don de conocer a Cristo Jesús y de confesarlo como el Hijo de Dios. Al creer en Jesucristo como el Hijo de Dios, el paso siguiente por consecuencia lógica es *adorarlo*. Dios abre el corazón de los sencillos, pero endurece el de los *expertos*: “*Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes*” (Santiago 4.6).

Al ver la omnisciencia de Jesús, Natanael exclama: “*Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel*” (Juan 1.49). Lo mismo sucedió con los apóstoles: “*Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios*” (Mateo 14.33).

Se convencen al contemplar el uso del poder divino de Jesús sobre los elementos. Todo el que reconoce en Cristo al Hijo de Dios, indefectiblemente deberá adorarlo. Juan el bautizador dio testimonio de esta verdad: “*Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios*” (Juan 1.34).

Pedro hace la gran confesión, que vendrá a ser la roca sobre la que Cristo edificaría su iglesia: “*Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente*” (Mateo 16.16). Hasta el día de hoy, todo aquel que hace esta misma confesión, viene a ser parte del reino de Cristo, que es la iglesia.

Tanta trascendencia tiene la verdad de que Jesús es el Hijo de Dios, que creerlo y confesarlo son dos de los cinco requisitos de salvación. Toda la revelación de Dios respecto a su Hijo, tiene como propósito producir la fe que lleva a la vida: “*Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre*” (Juan 20.31).

Aquel que oye la Palabra de Dios, por ella llega a tener fe (Romanos 10.17). Y para poder proceder al bautismo, es necesario confesar esa fe: “*Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios*” (Hechos 8.36-37). Dios no solo salva al creyente, sino que permanece en él: “*Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios*” (1Juan 4.15).

Por el contrario, negarse a creer esta verdad, trae condenación: “*El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios*” (Juan 3.18). Hasta el mismo demonio reconoce y confiesa lo que muchos incrédulos resisten: “*Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes*” (Marcos 5.7; ver Mateo 8.29, Marcos 3.11, Lucas 4.34, 41).

¿Qué le parece el testimonio de Dios mismo?: “*Y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia*” (Lucas 3.22). Y la orden de Dios en consecuencia: “*Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd*” (Lucas 9.35).

El máximo testimonio de Dios acerca de Su Hijo, aconteció al resucitarlo:

“que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1.4; ver Hechos 13.33). Las genealogías demostraban que era hijo de David (verso 3), la resurrección que era el Hijo de Dios.

La palabra ‘declarado’ es del griego **jorizo**, y significa: “*marcar los límites de un lugar... y, de ahí, determinar, designar*” (Diccionario Vine). El Diccionario de James Swanson dice: “*nombrar, establecer, decretar*”. La Nueva Versión Internacional dice: “*fue designado con poder Hijo de Dios por la resurrección*”. Por eso el apóstol Pablo se esforzaba en predicar esta gran verdad: “*En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios*” (Hechos 9.20).

Pasaje muy interesante: “*Mas Jesús callaba. Entonces el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece? Y respondiendo ellos, dijeron: ¡Es reo de muerte!*” (Mateo 26.63-66).

Dice la Palabra de Dios para todos: “*Te estoy poniendo bajo juramento en el nombre del Dios viviente*”. Al obligar a Jesús a declarar sobre su identidad, el sumo sacerdote y los judíos tienen el propósito de llevarlo a la muerte, pero sin querer y sin darse cuenta, nos obsequian una de las más grandes pruebas de que las palabras de Jesús reclamaban su origen divino. Tenemos, gracias a ellos, una declaración directa, bajo juramento y ante una corte legal y religiosa, que ellos interpretan como blasfema y digna de muerte. Por eso dice la Escritura: “*Que prende a los sabios en la astucia de ellos, y frustra los designios de los perversos*” (Job 5.13).

El acreditado erudito en griego A. T. Robertson, explica las palabras de Cristo en Lucas 22.70: “*¿Luego tú eres el Hijo de Dios?*” (**Su oun ei ho huios tou theou**). Nótese cómo estos tres epítetos son empleados como prácticamente equivalentes. Le preguntan acerca de ‘el Mesías’. Jesús declara que Él es el Hijo del Hombre, y que se sentará a la diestra del poder de Dios. Ellos toman esto como una declaración de ser el Hijo de Dios (tanto humanidad como deidad). Jesús acepta el reto y admite que Él afirma ser las tres cosas (Mesías, el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios). ‘Vosotros lo decís’ (**humeis legete**). Simplemente un giro griego para decir ‘Sí’ (comparar ‘lo soy’ en Mar. 14.62 con ‘Tú lo has dicho’ en Mat. 26.64)”.

OTRAS DECLARACIONES

Siendo Jesucristo la “*imagen misma de la sustancia*” de Dios (Hebreos 1.3), es su perfecta representación (Juan 1.18): “*Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?*” (Juan 14.9). Es tal la unidad de naturaleza y carácter entre las personas de la Deidad, que viendo la vida y las cualidades morales de Cristo se puede conocer al Padre. “*si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais*” (Juan 8.19). “*y el que me ve, ve al que me envió*” (Juan 12.45). Sería intolerable para un simple hombre, y aun para un ángel, usar estas expresiones.

Las palabras de Jesús llegan al máximo: “*Yo y el Padre uno somos*” (Juan 10.30). La palabra griega traducida como “*uno*” es **hen**, que es neutra y apunta a la unidad en esencia; por ejemplo Juan 17.11: “*para que sean uno, así como nosotros*”. La palabra masculina que puede ser traducida “*uno*”, como refiriéndose a una persona, es la masculina **heis**, como en Gálatas 3.28: “*todos vosotros sois uno en Cristo*”. Como dice Agustín de Hipona, la palabra plural “*somos*” condena a Sabelio, teólogo del s.III que afirmaba que el Padre y el Hijo eran una sola persona. Por su parte, la palabra “*uno*” condena a Arrio, quien negaba la deidad de Cristo.

Mire con atención la reacción de los judíos: “*Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle*” (Juan 10.31) y escuche encantado su excelsa explicación: “*Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios*” (Juan 10.33). ¿Entendieron los judíos que las palabras de Jesús lo convertían en parte de la Deidad? ¡Por supuesto que sí!

Concluimos entonces, que las palabras de Jesucristo demuestran su divinidad, así como su conciencia de ello. Igualmente, las reacciones de los judíos nos prueban que ellos así lo entendieron. Sus mismos enemigos reconocieron la forma distintiva de hablar de Jesús: “*Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!*” (Juan 7.46).

Preguntas de repaso:

1. - *¿A qué texto del Antiguo Testamento hace referencia la frase de Cristo “Yo Soy”?*
2. - *¿Qué evento poderoso es la prueba contundente de que Jesús es el Hijo de Dios?*
3. - *¿Qué implican las diversas reacciones de los judíos a los dichos de Jesús?*

JESÚS ES EL SEÑOR

Así dice la Palabra de Dios: “*Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho*” (Deuteronomio 10.17). Jehová es ‘Señor de señores’, el más excelso de los dioses y gobernantes. Esta verdad se repite en el Salmo 136.3 y 1Timoteo 6.15.

Pues bien, lo que la Biblia dice acerca de Jehová Dios, como ya hemos corroborado en varios y diferentes casos, también lo dice acerca de Jesucristo: “*Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles*” (Apocalipsis 17.14; ver también Apocalipsis 19.16).

Una prueba más sobre la deidad de Cristo Jesús, y que nos proporciona la misma Palabra de Dios, es la aplicación del título divino de ‘Señor’ a Cristo. En tiempos de Jesús de Nazaret los judíos no mencionaban el nombre de Jehová (o, más exactamente, el tetragrámaton YHVH), y de hecho habían perdido su pronunciación exacta. Esa es la razón por la cual no aparece en todo el Nuevo Testamento. Cuando en las sinagogas se citaba del Antiguo Testamento, el nombre de YHVH era sustituido por **Adonai** (‘Señor’ en hebreo), **kurios** en griego.

El Nuevo Testamento enseña: “*Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor (**kurios**), para gloria de Dios Padre*” (Filipenses 2.10-11). Toda rodilla debe de doblarse ante el nombre de Jesús, y toda lengua debe de confesar que Jesucristo es ‘el Señor’. Cabe decir que este pasaje es una aplicación a Cristo de lo que dice Isaías 45.22-23 acerca de Jehová. Lo que dice Isaías acerca de Dios, aquí lo dice Pablo acerca de su Hijo.

Según el Diccionario de William E. Vine, la palabra griega **kurios** significa: “*señor, alguien que ejerce poder... un título de amplio significado*”. W. E. Vine da siete significados al término: ‘un propietario’ (Mateo 20.8), ‘un amo’ (Mateo 6.24), ‘un rey’ (Hechos 25.26), ‘ídolos’ (1Corintios 8.5), ‘título de respeto’ (Mateo 21.30), ‘título de cortesía’ (Juan 12.21), y por último: “***kurios** es la forma en que la Septuaginta y el NT traducen el hebreo Jehová; y también **Adon**, Señor, y **Adonai**, Señor; también se utiliza para traducir **Elohim**, Dios*”. La manera formal y solemne en el contexto en que se usa **kurios** de Cristo Jesús, indica que este último significado es el indicado. Los otros usos no requieren de tanta solemnidad y trascendencia.

Jesucristo acepta que sus discípulos le llamen Señor: “*Vosotros me llamáis Maestro, y Señor (**kurios**); y decís bien, porque lo soy*” (Juan 13.13). Uno de ellos lo hace con extraordinario asombro, al comprobar la resurrección de Cristo: “*Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor (**kurios**) mío, y Dios mío!*” (Juan 20.28). ¿En semejante condición le estará dando este apóstol a Jesús un mero ‘título de respeto o cortesía’?

Dice el profeta: “*A Jehová de los ejércitos, a él santificad...*” (Isaías 8.13). Y el apóstol Pedro lo adapta: “*sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones...*” (1Pedro 3.15). Aquí en el griego se refiere a Cristo. Todas las demás versiones, y la Reina-Valera Actualizada, así lo traducen. Incluso la Traducción del Nuevo Mundo dice: “*Antes bien, santifiquen al Cristo como Señor en su corazón...*”. Eso debemos hacer, santificar a Cristo en nuestra mente como ‘el Señor’.

Creer y confesar que Jesús es el Señor es requisito de salvación: “*Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor (**kurios**), y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo*” (Romanos 10.9). Esto significa que creer y confesar que Jesús es el Señor, es similar o paralelo con creer y confesar que Jesucristo es el Hijo de Dios, las cuales cosas también implican la deidad de Cristo, y también son requisitos de salvación.

Nuevamente, ¿alguien podría argumentar que es un simple ‘título de respeto o cortesía’? No solo tiene mucha importancia, sino que iba la salvación y la vida eterna en ello! Si confesar que Jesús es el Señor es un esencial mandato de Dios, y si hacerlo proporciona la salvación, no es sino porque estamos reconociendo en Jesucristo al Dios Todopoderoso. Si no es así, ¿qué importancia o trascendencia tendría nuestra declaración?

Charles C. Ryrie dice: “*Señor, o Yahweh, es el nombre que el Antiguo Testamento usa para Dios; así, el que confiesa que Jesús es el Señor, afirma Su deidad*”. Ernest Trenchard comenta: “*El mismo señorío implica la deidad del Cristo*”.

Merecen mención especial las circunstancias históricas en que esta confesión es revelada, predicada y requerida. Por un lado, este mensaje no era tan digerible para el único pueblo en el mundo que era rigurosamente monoteísta. A. T. Robertson comenta atinadamente: “*Ningún judío que no hubiera confiado realmente en Cristo haría tal cosa, porque en la Septuaginta **Kurios** se usa de Dios*”. En segundo lugar, las huestes del emperador romano obligaban a nuestros hermanos a confesar el “*Kurios Kaisar*” (César –es el- Señor); cuando se predicaba la fe y confesión de que “*Jesús es el Señor*”, resultaba en un insulto y un desafío a la autoridad imperial.

Nuevamente Trenchard afirma: “Ningún gentil lo haría si no dejaba de adorar al emperador como **Kurios**. La palabra **Kurios** era y sigue siendo la piedra de toque de la fe”. Los cristianos del primer siglo comprendían el carácter divino de este título, es por eso que preferían sufrir severas consecuencias antes que reconocer o simplemente nombrar al emperador romano como “Señor”. (Ver Lucas 12.8).

Por cierto, cuando el Nuevo Testamento menciona la palabra ‘Señor’ (**kurios**), la Sociedad Watchtower la traduce como ‘Jehová’. Pero cuando este título divino es aplicado por los escritores inspirados a Jesús, no lo hacen. Esto prueba dos cosas: que el uso del título tiene sentido de Deidad, y que los Testigos de Jehová harán cualquier cosa por negar la deidad de Cristo. Si fueran consistentes con sus traducciones, Romanos 10.9 diría: “que si confesares con tu boca que Jesús es el Jehová, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”.

Acerca de la confesión de que Jesús es el Señor, añade un comentario final de John MacArthur para reflexionar: “No un simple reconocimiento de que Él es Dios y el Señor del universo, ya que hasta los demonios reconocen que esto es verdad (Stg 2.19). Se trata de una convicción personal profunda y sin reservas, de que Jesús ejerce un señorío directo y soberano sobre esa persona. Esta frase supone el arrepentimiento del pecado, la plena confianza en Jesús para obtener salvación, y un sometimiento incondicional a Él como Señor”.

Preguntas de repaso:

1. - ¿Confesar a Cristo como el Señor es similar a creer y confesar qué otra cosa?
2. - ¿Cómo diría Romanos 10.9 si **kurios** se tradujera siempre como Jehová?
3. - Aparte de la divinidad, ¿qué implica confesar a Jesucristo como nuestro Señor?

FUENTE DE LA VIDA ETERNA

Nuestro Señor Jesucristo, como nuestro Dios, es la fuente de la vida eterna. En este capítulo veremos como la Biblia enseña que Jesús es el creador de la vida humana, sustentador de la misma y dispensador de la vida eterna. Estas cosas, por supuesto, solo pueden ser atributos exclusivos de las Personas de la Deidad.

CRISTO COMO CREADOR Y FUENTE DE VIDA

Existen dentro del texto bíblico abundantes referencias a Jesús de Nazaret que serían indebidas tratándose de un simple maestro, o incluso de un ángel.

Por ejemplo, las Sagradas Escrituras le atribuyen parte activa en la Creación: “*Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*” (Juan 1.3). Jesús es creador de todas las cosas, y ni siquiera una quedó fuera de su operación. Y como solo Dios puede ser creador, Jesucristo es Dios.

El apóstol Pablo profundiza y especifica en lo escrito por el apóstol Juan: “*Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten*” (Colosenses 1.16-17).

La palabra ‘subsisten’ es traducción del griego ***sunistemi*** que, según el Diccionario de W. E. Vine, se compone de dos vocablos: “***sun***, con; ***jistemi***, estar en pie; denota, en su sentido intransitivo, mantenerse con o caer juntamente, estar constituido, compactado. Se dice del universo como sustentado por el Señor (Col 1.17), lit., ‘por él todas las cosas se mantienen juntamente’”. La Palabra de Dios para Todos traduce: “*todo el universo sigue su curso gracias a él*”. Y la Nueva Traducción Viviente dice: “*mantiene unida toda la creación*”.

Jesucristo es creador de todo el universo, como dice Hebreos 1.2: “*En estos posteriores días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo*”. Pero no solo lo hizo, sino que lo sustenta, como dice el siguiente verso (3): “*y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder*”. ‘Sustenta’, del vocablo griego ***fero***: “*llevar, es decir, defender (no caer), de Cristo, el preservador del universo*” (Joseph Thayer). Recordamos el comentario de John MacArthur, que dice: “*Cristo sostiene el universo y preserva el equilibrio necesario de fuerza, masa y energía para la existencia y continuidad de la vida*”.

Existe algo interesante entre Juan 1.3 y Colosenses 1.17, en cuanto a su trato por los Testigos de Jehová en su Traducción del Nuevo Mundo. La Traducción del Nuevo Mundo en Juan 1.3 dice bien: “*Todas las cosas vinieron a existir por medio de él, y sin él ni siquiera una cosa vino a existir*”. Por lo tanto, Jesús no es una cosa creada.

Sin embargo, el texto de Colosenses 1.17, en la Traducción del Nuevo Mundo, dice: “*También, él es antes de todas las [otras] cosas y por medio de él se hizo que todas las [otras] cosas existieran*”. Aquí se enseña que Cristo “*es antes de todas las otras cosas*”. Es decir, que él mismo es una cosa, la primera creada antes de las demás. Pero esto contradice a Juan 1.3 en la misma versión. Siempre que exista una aparente discrepancia entre dos textos bíblicos, se debe sin duda alguna, a que uno de los dos está siendo alterado o mal interpretado.

Como ya se dijo anteriormente en este estudio, la Traducción del Nuevo Mundo añade malignamente una palabra en dos ocasiones, en Colosenses 1.17, para hacer creer a los lectores que Cristo Jesús es una cosa creada. La palabra ‘otras’ no aparece en ningún texto griego, ni en el Emphatic Diaglott (que en tal caso sería *others*), que usaron los Testigos de Jehová para crear su Traducción del Nuevo Mundo.

Los Testigos de Jehová se hacen voluntariamente parte de aquellas criaturas de Cristo que lo desconocieron: “*En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció*” (Juan 1.10). “*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*” (Juan 1.12).

Jesucristo es el Autor de la vida: “*Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos*” (Hechos 3.14-15). La palabra ‘autor’ traduce la griega **arquegos**, que significa: “*iniciador, originador, fundador, autor*” (Diccionario de James Swanson).

Sin ningún problema puede significar el autor de la vida física en este mundo, aunque varias y buenas versiones lo relacionan con la vida eterna. La Biblia en Lenguaje Sencillo traduce: “*Fue así como mataron a Jesús, el único que podía darles vida eterna*”. La Palabra de Dios para Todos y la Biblia Dios Habla Hoy dicen: “*Ustedes mataron al que nos lleva a la vida*”. No tiene caso citar la Traducción del Nuevo Mundo, pues es solo un bochornoso absurdo.

Por otra parte, ¿de qué ser humano o ángel se pueden decir todas estas cosas sin que resulte en una escandalosa blasfemia?

EL PODER DE LA VIDA ETERNA

Jesucristo tiene además el poder divino de dar vida eterna: “*Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano*” (Juan 10.27-28). Al decir “*mis ovejas*”, claramente reclama ser el dueño del rebaño, de igual manera que lo es Dios (1Pedro 5.2). Él compró ese rebaño con su sangre (Hechos 20.28).

Como las ovejas son suyas, oyen la voz de Jesús y lo siguen, porque él es ‘*el buen pastor*’ (verso 14). Cristo las conoce a todas y las llama por su nombre (verso 3), Jesús ha venido para que sus ovejas tengan vida y vida en abundancia (verso 10), él da la vida por sus ovejas (verso 11), pero además, las pastoreará y preservará durante toda la eternidad (Juan 14.3; Apocalipsis 7.17).

Jesús dijo: “*Yo soy el pan de vida*” (Juan 6.48). Sus ovejas, aquellas que le pertenecen, han comido la carne y bebido la sangre del Hijo de Dios: “*El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero*” (Juan 6.54). Puede levantar muertos y darles vida “*como el Padre*” (Juan 5.21).

No solo *oyen* las instrucciones, sino que lo *siguen* obedeciéndolo, creyendo y beneficiándose de su sacrificio, como dice Efesios 1.7: “*en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia*” (ver también Hebreos 1.10).

Jesús no solo las salva, sino que él mismo se encargará de resucitarlas en el día final. Vea la segura, contundente y poderosa respuesta de Jesús, cuando Marta le dijo que creía en la resurrección: “*Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?*” (Juan 11.25-26). La reacción de Marta debe de ser la nuestra: “*Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo*” (Juan 11.27).

Todas estas cosas las puede hacer Jesús porque tiene todo el poder y porque él es...

LA ROCA DE LA SALVACIÓN

La Biblia afirma que la salvación es de Jehová, y solo a él pertenece, como propiedad y prerrogativa divina: “*La salvación es de Jehová; Sobre tu pueblo sea tu bendición*” (Salmos 3.8). (Ver asimismo Jonás 2.9, Salmos 37.39 y Apocalipsis 19.1).

Solamente Dios es la roca de la salvación: “*Alma mía, en Dios solamente reposa, Porque de él es mi esperanza. Él solamente es mi roca y mi salvación. Es mi refugio, no resbalaré*” (Salmos 62.5-6). “*Él me clamará: Mi padre eres tú, Mi Dios, y la roca de mi salvación*” (Salmos 89.26). (Ver también Salmos 18.2, 46).

Por lo tanto, solo Jehová es Dios y Salvador: “*Mas yo soy Jehová tu Dios desde la tierra de Egipto; no conocerás, pues, otro dios fuera de mí, ni otro salvador sino a mí*” (Oseas 13.4). La Sagrada Escritura dice claramente que solo Jehová es Dios, solo él es la roca de la salvación y solo él es el Salvador, y nadie más. La facultad y el poder para salvar es un atributo inherente y exclusivo de la Deidad.

Pues bien, el Nuevo Testamento declara que Jesucristo es la roca de la salvación: “*Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; Y el que creyere en él, no será avergonzado*” (1Pedro 2.6). Como la piedra del ángulo, él es el fundamento: “*Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo*” (1Corintios 3.11). No solo es el fundamento, ¡sino que no existe otro!

Más aun, la Biblia afirma que Cristo es el único Salvador: “*Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos*” (Hechos 4.12).

Jesús es el único camino al Padre: “*Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*” (Juan 14.6). Jesucristo es el único ‘mediador entre Dios y los hombres’ (1Timoteo 2.5) y el único ‘abogado’ de los cristianos ante Dios (1Juan 2.1; Juan 17.9). Nadie, ni los gentiles ni los creyentes, podemos ser salvos si no es por Jesús.

El apóstol Pablo revela quien es la roca que guardaba a los israelitas: “*Y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo*” (1Corintios 10.4). Nuestro hermano Bill H. Reeves comenta: “*Cristo seguía a los israelitas en sus peregrinaciones para ver por sus necesidades continuamente, probando así que el cielo les favorecía. Este pasaje habla, antes de su encarnación, de la preexistencia de Cristo. Las Escrituras le identifican con Jehová*”.

Dios es la única roca de la salvación y el único Salvador. Jesucristo es la roca de la salvación y el único Salvador. Si Cristo no es Dios, ¿se contradice la Escritura? Aun siendo el ángel más excelsa, Cristo no podría salvar ni ser la roca de la salvación.

La Palabra de Dios nos da la respuesta: “*aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo*” (Tito 2.13). Jesucristo es las dos cosas: Dios y Salvador; por eso le pertenece la salvación lo mismo que a Dios: “*Y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero*” (Apocalipsis 7.10).

Jesús es el único Salvador porque es el Hijo de Dios, porque participa de su naturaleza divina y: “*Porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente*” (Juan 5.19). En esta porción del versículo, la Traducción del Nuevo Mundo dice bien: “*Porque cualesquiera cosas que Aquel hace, estas cosas también las hace el Hijo de igual manera*”.

Dice el apóstol Juan: “*En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*” (Juan 1.4). La Traducción del Nuevo Mundo dice: “*por medio de él era vida, y la vida era la luz de los hombres*”. La frase “*por medio de*” no existe en el griego original, en ninguna versión bíblica, ni en el Emphatic Diaglott; ¿de dónde la sacan los Testigos de Jehová para su versión española? De su mal corazón. ¿Por qué no pueden abrir sus ojos y su corazón los que niegan a Cristo? (Mateo 10.33).

Nuevamente, los Testigos de Jehová se hacen voluntariamente parte de aquellos que tropezarían en Cristo: “*Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, La piedra que los edificadores desecharon, Ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados*” (1Pedro 2.7-8) (Romanos 9.33).

Es una verdadera pena porque pueden ser excelentes personas y esforzados trabajadores, pero todo es en vano (Mateo 15.9, 13; Salmos 127.1).

Finalmente, ¿quién puede afirmar sin blasfemia ser Autor de la vida, Creador y Sustentador de la misma, dispensador de vida eterna, preservador eterno y poseedor de la vida tanto de vivos como de muertos? ¿A qué simple maestro se le pueden tolerar semejantes declaraciones?

Preguntas de repaso:

1. - *Además de llevar a cabo la Creación, ¿qué más hace Jesús con ella?*
2. - *¿Por qué le pertenece a Jesucristo la salvación lo mismo que a Dios?*
3. - *Cristo es ‘roca de la salvación’ para los que creen, ¿qué es para los que no creen?*

RESPUESTA A LOS “SOLO JESÚS”

INTRODUCCIÓN

El unitarismo afirma que en la Deidad hay una sola persona. Los Testigos de Jehová son unitarios, al creer que el Dios Todopoderoso es solamente Jehová, y que Jesús es un dios inferior. Pero muchos pentecostales, principalmente de la Iglesia Pentecostal Unida, son unitarios en el sentido de creer que Jesús es el Padre, y que también es el Espíritu Santo. Para enfatizar su creencia, se denominan a sí mismos como “Solo Jesús”.

La afirmación básica es que Dios se ha manifestado de diversas maneras, a veces como el Padre, a veces como el Hijo y a veces como el Espíritu Santo, pero que en realidad es un solo ser (esta doctrina se llama el modalismo). En este breve capítulo, vamos a conocer solo algunos de los principales textos con los argumentos que utilizan y vamos a darles respuestas bíblicas.

ARGUMENTO 1

“*Yo y el Padre uno somos*” (Juan 10.30). Esto significa que son la misma persona.

RESPUESTA: Cristo se refiere a que son ‘*uno*’ en esencia, en voluntad y en propósito; las Personas de la Deidad no están en desacuerdo, no tienen caracteres diferentes.

Podemos ilustrar esto con la frase “*los dos serán una sola carne*” en Mateo 19.5. Ahí no está enseñando Jesús que el marido y su mujer son una sola persona (esto ni el pentecostal lo cree). El siguiente versículo dice: “*Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre*” (Mateo 19.6). Cristo está enseñando que el marido y su esposa no deben de separarse, sino considerarse en una unidad indivisible. Sin embargo, siguen siendo lógicamente dos personas.

Otro ejemplo que nos sirve de ilustración está en Juan 17.21: “*para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste*”.

Jesucristo está orando al Padre y pidiendo para que todos los cristianos seamos uno, de la misma manera en que Jesús y el Padre lo son. ¿Está pidiendo Jesús que todos los cristianos seamos una sola persona? Esta lectura y forma de razonar es absurda.

Jesús lo que está pidiendo es que exista plena unidad entre sus discípulos, que no haya divisiones ni desavenencias, así como no las hay entre las Personas de la Deidad. Otros ejemplos bíblicos de esta forma de expresión: 1Corintios 3.8: Pablo y Apolos eran “*una misma cosa*”; Génesis 11.6: “*el pueblo es uno*”. Hechos 4.32: la multitud de los creyentes “*era de un corazón y un alma*”.

ARGUMENTO 2

“*Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?*” (Juan 14.9). Ver a Cristo es ver al mismo Padre, por lo tanto son la misma persona.

RESPUESTA: Lo que Jesús está enseñando, es que el Padre y él son tan unidos en naturaleza y carácter, que viendo la vida de Cristo puede conocerse al Padre. Cristo manifestaba en sus palabras y acciones el espíritu de Dios.

Felipe pide ver a Dios, pero Dios es espíritu (Juan 4.24) y nadie lo ha visto, pero sus cualidades morales pueden ser conocidas por medio de su Hijo: “*A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*” (Juan 1.18).

Una ilustración de esto es como decir: quien conoce a la iglesia de Cristo en San Agustín es como si conociera a la iglesia de Cristo en El Campesino; ¿por qué? ¿Porque son la misma congregación? No, sino porque, siguiendo la misma doctrina de Cristo, son idénticas en sus enseñanzas y en su práctica. Otro ejemplo: le puede decir al señor de la tienda: “*si mi hijo le pide algo, es como si se lo pidiera yo mismo*”. Significa que, así como el tendero confía en él, puede confiar igualmente en su hijo, pues son igual de integros.

ARGUMENTO 3

“*que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación*” (2Corintios 5.19). Como la Escritura dice que ‘Dios estaba en Cristo’, significa que son la misma persona. Además, en Juan 14.10, Jesús dice: “*¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras*”. Vuelve a repetir que ‘el Padre está en él’, y añade que ‘el Padre es quien hace las obras’.

RESPUESTA: Si la forma de razonar del pentecostal es legítima, entonces también los cristianos somos parte de la Deidad, pues *1Juan 4.12-13* dice: “*Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu*” (ver también versos 15-16).

En cuanto a hacer el Padre las obras del Hijo, dice enseguida el contexto: “*De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre*” (*Juan 14.12*). ¿Eran las obras de Cristo prueba de que era el Padre? Bueno, los discípulos que creyeran en Jesús harían las mismas obras, ‘y aun mayores’, pues a Jesús le quedaba poco tiempo. ¿Eran los discípulos y el Padre una sola persona?

LA BIBLIA DICE:

Textos bíblicos y argumentos a favor de la distinción de personas en la Deidad:

Juan 1.1 “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*”. El Verbo estaba desde el principio, el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Era una Persona Divina, pero no era el Padre, sino que estaba ‘con’ (junto a) él.

Juan 8.16-18 “*Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí*”. Mejor respuesta de parte de Dios a los “Solo Jesús” no podría haber. Cristo mismo está diciendo que ‘no es él solo’, sino él y el que lo envió. La ley que gobernaba a los judíos exigía el testimonio de dos hombres para todo juicio (*Deuteronomio 19.15*). Jesús argumenta claramente que él y el Padre son dos personas. En toda cultura, uno más uno son dos. El pentecostal debe de decidir si Jesús ignoraba que era el Padre, o solamente estaba mintiendo.

Juan 16.32 “*He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo*”. Las palabras de Cristo le repiten a los “Solo Jesús”: ‘no es Jesús solo’.

Juan 6.38 “*Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió*”. Jesús no deseaba hacer su voluntad, sino la del Padre. Pero si Jesús es el Padre, entonces la frase es una rotunda contradicción.

1Juan 2.23 “*Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre*”.

La palabra ‘también’ es un adverbio que se utiliza “*para indicar la igualdad, semejanza, conformidad o relación de una cosa con otra ya nombrada*” (Diccionario de la Real Academia Española).

Juan 14.16-17 “*Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros*”. La Palabra de Dios no solo distingue a Jesús del Padre, sino que también lo distingue respecto al Espíritu Santo.

Jesús rogaría al Padre, no se rogaría a sí mismo. Yéndose Jesús, vendría otro Consolador, no vendría el mismo, sino otro. No vendría el Padre, ni el Hijo, sino ‘otro’. La falsa doctrina de los “Solo Jesús” pervierte las Palabras de Dios, descuartiza a la lógica, a las matemáticas y hasta a la gramática.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, la palabra ‘otro’ usada como adjetivo significa: “*Dicho de una persona o de una cosa: Distinta de aquella de que se habla*”. Y usada como pronombre, igualmente: “*Una persona o cosa distintas de aquellas de que se habla*”. La palabra ‘otro’ ¡nunca significa el mismo!

Varios textos más nos hablan de las tres Personas Divinas:

Mateo 3.16-17 “*Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*”.

Mateo 28.19 “*Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*”.

2Corintios 13.14 “*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén*”.

1Pedro 1.2 “*elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas*”.

CONCLUSIÓN

En esta breve lección hemos conocido algunas de las afirmaciones de los “Solo Jesús”, algunos textos que mal utilizan y sus argumentos. Ya tenemos las respuestas bíblicas correspondientes y también hemos corroborado la enseñanza correcta acerca de la distinción de personas en la Deidad. Haría bien en conservar una copia de este estudio y tenerla a la mano para compartir con estas personas.

Esta falsa creencia acerca de las Personas Divinas no es una cuestión menor. Pervierte el mensaje que ha de ser predicado y la verdad que ha de ser creída para salvación. Quien le añada o le quite algo a la Palabra de Dios, es un mentiroso (Proverbios 30.5-6) y sufrirá las consecuencias eternas (Apocalipsis 22.18-19).

El propósito de la revelación de Dios es que creamos que Jesucristo es el Hijo de Dios, para que tengamos vida eterna: *“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”* (Juan 20.30-31).

Al decir que Jesús es el Padre, los “Solo Jesús” se condenan sin querer, pues eso no es lo que la Biblia enseña.

Preguntas de repaso:

1. - *¿En qué difiere el unitarismo de los Testigos de Jehová al de los pentecostales?*
2. - *¿Qué significa la frase de Jesús: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”?*
3. - *Memorice la argumentación basada en las palabras “otro” y “también”.*

APLICACIÓN Y CONCLUSIÓN

Uno de los principales propósitos de este estudio, era que no fuera un volumen denso y plagado de la clásica terminología teológica. En solo ocho sencillos y breves capítulos, hemos corroborado y confirmado nuestra fe acerca de la deidad de nuestro Señor Cristo Jesús. Hay que compartir este conocimiento de la misma manera con quienes aun no lo tienen. Asimismo, y aunque es un punto esencial de la fe en las iglesias de Cristo, muchos hermanos desconocen las bases de esta creencia.

Grandes consecuencias existen si Jesús no es Dios:

- Si Jesús no es Dios, nuestra iglesia es de origen humano, fue fundada y edificada solo por hombres. Un hombre muerto es la cabeza de nuestra iglesia.
- Si Jesús no es Dios, no puede salvarnos, pues solo Dios salva. Aun estamos en nuestros pecados.
- Si Jesús no es Dios, su sacrificio no significa nada, fue solo la muerte de un hombre más.
- Si Jesús no es Dios, no puede ser omnipresente, no puede estar con nosotros en este momento, mucho menos hasta el fin del mundo.
- Si Jesús no es Dios, no es eterno ni omnisciente. No puede ser nuestro abogado, mediador ni intercesor.
- Si Jesús no es Dios, el Espíritu Santo es culpable de hacernos creer la más perversa de las herejías.
- Si Jesús no es Dios, todo deja de tener sentido, todo lo que hacemos en la adoración, todo lo que creemos, practicamos y esperamos, todas nuestras oraciones y palabras acerca del Cristo, y en sí, toda la historia de la fe y de la iglesia es echada por la borda, si Jesucristo mintió y no era quien dijo ser.

Dice la Escritura: “*Maldito el varón que confía en el hombre*” (Jeremías 17.5). Pero también dice: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Juan 3.16). Nosotros no confiamos en hombre alguno, sino en Jesús el Cristo, el Hijo de Dios, el Verbo Eterno, el Rey de Reyes y Señor de señores, Aquel que es el Autor de la vida, que nos ha santificado con su sangre, que nos acompaña y protege, que aboga e intercede por nosotros, y que nos prepara lugar en el cielo con sus propias manos. A él sea la gloria por los siglos de los siglos, amén.

Al mismo tiempo hermanos, debemos no solo de conocer y exponer decididamente la deidad de Cristo, sino además, glorificarlo en nuestro diario vivir.

¿Cómo podemos decirle al mundo que tenemos por Rey y Dios a Nuestro Señor Jesucristo, y luego servirlo defectuosamente? Démosle primero nosotros a Jesús el lugar central en nuestro corazón, en nuestra mente y en cada acto de nuestra vida, para que el mundo también llegue a conocerlo por nuestro medio, por nuestra predicación pero también por nuestro ejemplo.

Requeriría una obra más extensa tratar a detalle un sinfín de otros textos y evidencias sobre la deidad de Cristo, tales como sus milagros, el testimonio histórico, su propia impecabilidad, la facultad de perdonar pecados, su dominio sobre los elementos, etc. Sin embargo, lo hasta aquí estudiado es suficiente “*para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre*” (Juan 20.31).

Dios le bendiga y muchas gracias por su atención.

ANEXO: BREVE EXPLICACIÓN DE ALGUNOS PASAJES

Todas las aparentes discrepancias o contradicciones bíblicas se deben a la alteración de un texto, o a la mala lectura, o mala interpretación. Cuando esto sucede, algunos textos bíblicos parecen contradecir las conclusiones acerca de la deidad de Cristo.

JUAN 5.30

Si Jesús es omnípotente, ¿por qué dice: “No puedo yo hacer nada por mí mismo”? (Juan 5.30).

Respuesta: Lo que Jesús está diciendo es que no puede él actuar por su propia cuenta, independientemente del Padre y del Espíritu Santo. Varias versiones modernas dicen: “*Yo no puedo hacer nada por mi propia cuenta*”. Nuevamente, aprendamos a ‘seguir leyendo’, a analizar las frases completas.

No vino Cristo a hacer su voluntad, a decidir, a hablar o a actuar sin armonía con las otras Personas Divinas. Jesús dice: “*Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió*” (Juan 6.38). “*Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente*” (Juan 5.19).

El Espíritu Santo actuaría exactamente igual: “*Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir*” (Juan 16.13). Entonces, no significa que Jesús “no pueda hacer nada por él mismo”, sino que no puede hacer nada diferente o contrario a los planes y propósitos establecidos por la Trina Deidad, de la que forma parte.

JUAN 14.10

Juan 14.10 dice: “el Padre que mora en mí, él hace las obras”. ¿Entonces Dios era quien actuaba por medio de Jesús, este no hacía nada?

Respuesta: Desde el primer verso dice: “*No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí*” (Juan 14.1). Jesús está tratando de que los apóstoles tengan confianza plena en él, así como la tienen en Dios.

Sin embargo, en los siguientes momentos, el Señor batalla más con sus íntimos discípulos (versos 5-8) de lo que había batallado con otras personas. ¡Y qué bueno para nosotros! (por las maravillosas respuestas de Jesús).

En el clímax de su argumentación, que se centra en la igualdad del Padre y el Hijo (este es el tema de Cristo), Jesús dice que el Padre mora en él y él en el Padre (versos 9-11), no hay diferencia. Tan es así, que las obras que hace Cristo las hace el Padre, y lo que se le pida al Padre lo hace el Hijo: “*Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré*” (Juan 14.13-14). Si el verso 10 significa que Jesús no hace nada, los versos 13-14 significan que el Padre no hace nada. Sin embargo: “*Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo*” (Juan 5.17). Más aun, si el verso 10 enseña que Cristo no hacía nada, el 12 enseña que los apóstoles son superiores a él, pues harán obras mayores. ¡Cuidado con las interpretaciones!

JUAN 14.28

Si Jesús es igual al Padre, ¿por qué dice él mismo: “porque el Padre mayor es que yo”? (Juan 14.28).

Jesús era enteramente Dios y enteramente hombre. “*Estando en la condición de hombre*” (Filipenses 2.8) era inferior al Padre, pero en su naturaleza divina era “*igual a Dios*” (Juan 5.18; 10.30; 14.9; Filipenses 2.6).

1CORINTIOS 15.28

Si solamente en su humanidad el Hijo es inferior al Padre, ¿por qué dice 1Corintios 15.28: “Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos”?

De los versículos 24 al 26 se refiere Pablo a la culminación de la victoria de Cristo sobre todos sus oponentes. El último enemigo será la muerte, y cuando entregue el reino a Dios el Padre, entonces habrá terminado la obra redentora de Cristo y todo el plan de salvación. Cristo sujetará a Dios su trabajo redentor, y Dios (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo), será “*todo en todos*”. El tema del apóstol Pablo no es la posición que ocupará Cristo en la eternidad, sino la culminación victoriosa de la obra de Cristo. Por mientras, Jesús sigue su obra de salvación, su obra de mediador y de intercesión, lo que ya no será más cuando todo termine. Amén.